

LA PERCEPCIÓN DE LA GUERRA DEL *POEMA DE MÍO CID*: ENTRE LA REALIDAD Y LA DISTORSIÓN

David PORRINAS GONZÁLEZ¹

Introducción

EL *Poema de Mio Cid* ha sido una fuente utilizada, en más de una ocasión, para analizar la faceta militar de Rodrigo Díaz. Basta, si no, con acercarse a la obra de José María Gárate Córdoba para comprobar que el *Poema* ha sido considerado como «...*la pieza más minuciosa entre todas las fuentes biográficas...*», de tal manera que sus descripciones de la actividad bélica se presentarían marcadas por un verismo casi absoluto: «...*no requiere gran trabajo el deslindar y distinguir en él el filón realista de la ganga poética, pues, en general, es verídico casi todo lo puramente militar que los versos encierran...*», concluía al respecto el dicho autor².

Esa fe ciega en la «historicidad» del *Poema* hay que ponerla en relación con la época en la que el citado historiador elaboró sus tesis, una época en la que el Cid era –desde hacía tiempo– el Cid de la magna obra de Menéndez Pidal³, y, como es sabido, don Ramón confirió a la epopeya cidiana la

¹ Becario de Formación del profesorado universitario, del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, trabaja en el Departamento de Historia de la Universidad de Extremadura, Área de Historia Medieval.

² GÁRATE CÓRDOBA, José María: «Introducción a la táctica del Cid», en *Revista de Historia Militar*, 15, 1964, p. 39.

³ MENÉNDEZ PIDAL, Ramón: *La España del Cid*. Madrid, 1929.

categoría de «fuente histórica». El propio Gárate Córdoba declaraba que «...la verdadera historia de Rodrigo Díaz está en *La España del Cid...*», una obra que consideraba «...aceptada hoy en el mundo como definitiva para el conocimiento histórico del Campeador...»⁴. Aún así reprochaba al erudito maestro la poca cobertura que le había dado a la vertiente militar de Rodrigo Díaz, haciéndose eco de distintas declaraciones que algunos estudiosos habían lanzado al respecto. Por ello se proponía analizar algunos aspectos de esa faceta militar cidiana que en su momento no habían recibido ninguna atención⁵.

Pero, desde que Gárate Córdoba desarrollara sus trabajos, hasta nuestros días, se han producido cambios profundos en la consideración del *Cantar* en relación con su posible historicidad⁶. La visión pidaliana del Cid –la de *La*

⁴ GÁRATE CÓRDOBA, 1964, p. 7.

⁵ GÁRATE CÓRDOBA, 1964, pp. 8-10. Más tarde, en 1982, en otro estudio similar, este autor seguía defendiendo los mismos planteamientos que en el primero. Consideraba allí que la «precisión numérica» que empleaba el poeta a la hora de cifrar los efectivos de la hueste cidiana daba la sensación al estudioso moderno de encontrarse ante una «historia cantada», quizás porque dicho poeta sería un individuo integrante de las tropas cidianas encargado de labores de intendencia, de «...la administración y contabilidad cidianas...». Concluía Gárate que «...la rigurosa coetaneidad del autor con el héroe hace pensar en un oficial administrativo, ya que no en un guerrero de la hueste...». Sólo de esa manera se podría explicar «...esa mentalidad matemática, propia de quien vive en contacto profesional con realidades numéricas, contantes y sonantes, de las que su precisión al anotar los efectivos –revolucionaria en la épica de entonces– constituye la mejor prueba...». Todo ello en GÁRATE CÓRDOBA, José María: «Dinámica Altomedieval: los efectivos y el esfuerzo», en *Temas de Historia Militar*, tomo I, Ponencias del Primer Congreso de Historia Militar, Zaragoza, 1982, pp. 95 a130; citas textuales extraídas de la p. 125. Véase también del mismo autor *Espíritu y Milicia en la España Medieval*, Madrid, 1967, pp. 150-182.

⁶ Entre los críticos con esa supuesta historicidad del *Poema de Mio Cid* se encuentran tres historiadores que en los últimos años han publicado monografías sobre el «Cid Histórico». El primero de ellos, FLETCHER, Richard, en su *El Cid*, 2ª ed., Ed. Nerea, Hondarribia, 1999, (1ª ed. De 1989), reflexiona sobre la visión de Menéndez Pidal, fuertemente influida por el *Poema*, en las pp. 213-217, un *Poema* que no considera fuente histórica, declarando no haber fundamentado «...ningún argumento histórico importante en las «pruebas» que, según algunos críticos, suministra el poema...», p. 229. MARTÍNEZ DÍEZ, Gonzalo, en su *El Cid Histórico. Un exhaustivo estudio sobre el verdadero Rodrigo Díaz de Vivar*, 5ª ed., Barcelona, 2000 (1ª ed. de junio de 1999), en lo que puede considerarse una auténtica declaración de principios, anuncia que abordará su estudio del Cid utilizando únicamente aquellas «fuentes históricas», entre las que no se encontrará el *Poema*, ya que no vislumbra en él historicidad «por ninguna parte», y que lo que se propone en su obra es «...presentar... al Cid de la historia, al hombre de carne y hueso, no al Cid literario, fruto de la inventiva y de la genial creación de juglares y poetas...», p. 18. Por último, PEÑA PÉREZ, F. J., en un libro muy reciente que aborda el estudio del personaje «histórico», por una parte, y la figura «legendaria» por otra, considera que Ramón Menéndez Pidal cometió «...dos errores de bulto... en su diseño de la figura histórica cidiana...»; uno de esos errores sería el de considerar que el *Poema* habría sido compuesto hacia 1100 y refundido definitivamente hacia 1140, lo que le llevaría, en segundo lugar, «...a justificar su utilización como fuente histórica de primera mano...». PEÑA PÉREZ, F.J.: *El Cid, Historia, Leyenda y Mito*. Burgos, 2000, p. 17.

España del Cid tenía ya en 1989, en palabras de Richard Fletcher, «...la apariencia de un castillo medieval sitiado; batido por la artillería, las minas han afectado parte de su estructura y los zapadores han alcanzado los cimientos»⁷. En estos años el *Poema* ha seguido llamando poderosamente la atención de muchos investigadores, pero los planteamientos con los que se aproximan a su estudio han cambiado de forma sustancial, y ello ha influido también en su consideración como fuente para el estudio de la guerra.

En efecto, algunos de los trabajos sobre los aspectos militares del *Poema* elaborados en estos años no escapan de ese marco general. David Hook llamaba la atención sobre la imagen deformada que de la conquista de Valencia mostraba el *Cantar*. Comparando las informaciones contenidas en la gesta con las proporcionadas por otras fuentes más cercanas al personaje histórico, llegaba a la conclusión de que el poeta había simplificado y distorsionado la realidad de la conquista para presentar al héroe llevando a cabo una campaña militar «ideal» y para no alterar la estructura compositiva global de la obra⁸. Posteriormente, Dolores Oliver Pérez, tras estudiar las batallas campales que narra el *Poema*, concluía que esos relatos bélicos «...no son fiel reflejo de hechos históricos, sino composiciones literarias escritas para ensalzar al Campeador...»⁹. En fechas más recientes, Salustiano Moreta Velayos ha analizado determinados contenidos de índole militar del *Poema*, partiendo de la base de que la gesta cidiana es una composición «...que en bastantes episodios y personajes es ficticia desde el principio hasta el final...»¹⁰. No obstante, Moreta considera que los versos del *Cantar*, pese a deformaciones y ficciones, encierran un enorme grado de veracidad en ciertas imágenes que transmite, unas imágenes plenamente arraigadas en la época en la que se compuso.

Y es que, en lo que se refiere a la visión de la guerra, el *Poema de Mío Cid* no desentona con la ofrecida por otros escritos considerados «fuentes

⁷ FLETCHER, 1999, p. 217.

⁸ HOOK, David: «The conquest of Valencia in the *Cantar de Mio Cid*», en *Bulletin of Hispanic Studies*, 1973, pp. 120-126.

⁹ OLIVER PÉREZ, Dolores: «Las batallas del *Cantar de Mío Cid* desde la perspectiva de la historiografía árabe», en *Revista de Historia Militar*, 73, 1992, p. 50. Puede consultarse de la misma autora un estudio sobre la ficticia batalla de Alcocer: «Una nueva interpretación de la batalla de Alcocer», en *Revista de Historia Militar*, 74, 1993, pp. 15-44.

¹⁰ MORETA VELAYOS, Salustiano: «Y el héroe tascó la hierba», en *La guerra en la Historia*, Ed. A. Vaca Lorenzo, Salamanca, 1999, p. 15. Véase también del mismo autor el reciente libro *Myo Cid el Campeador*, Zamora, 2000, esp. pp. 195-198 y pp. 229-255. Otros estudios que han abordado algún aspecto militar del *Cantar* son el de PERISSINOTTO, Giorgio: «La Reconquista en el Poema de Mío Cid: una nueva lectura», en *Hispanofilia*, 1977, pp.1-15, y el de HARNEY, Michael: «Siege Warfare in Medieval Hispanic Epic and Romance», en *The Medieval City Under Siege*, Ivy A. CORFIS and Michael WOLFE (eds.), Woodbridge, 1995, pp. 177-190.

históricas». Pero al mismo tiempo, y desde una perspectiva más general, esa imagen de la guerra puede llevar a equívoco al historiador actual si no parte de la premisa previa del marcado carácter épico, y por tanto distorsionante, que encierra dicha composición. Así pues, no resulta tan sencillo, recordando las palabras de Gárate Córdoba, deslindar los contenidos puramente militares de la ganga poética, pues nos encontramos ante una composición en la que realidad y ficción se entremezclan, se funden, pudiendo llegar a generar confusión y desasosiego al mismo tiempo.

Está meridianamente claro el hecho de que la faceta militar de Rodrigo Díaz, el personaje histórico, no puede ser reconstruida mediante los datos que pueda suministrarnos el *Poema*. Por muy verídica que pueda resultar la imagen que da de las operaciones militares medievales, no deja de ser una composición épica tendente a la elaboración de recreaciones idealizadas que, en muchos aspectos, nada tienen que ver ni con el Rodrigo histórico ni con las formas de hacer la guerra medievales. García Fitz ha sido quizás el primero en analizar en profundidad esa vertiente militar del Rodrigo Díaz «histórico»¹¹. Su estudio, en el que el *Poema* no es explotado como fuente histórica, nos sirve de contrapunto, como elemento de contraste entre el guerrero «real» de las fuentes contemporáneas y el guerrero «imaginario» de la epopeya. Pero, al mismo tiempo, dicho estudio nos permite constatar similitudes sorprendentes entre ambos personajes en lo que a las formas de hacer la guerra se refiere. Esas similitudes hay que ponerlas en relación con una fecha de composición de la gesta –finales del siglo XII o principios del XIII– en la que las modalidades de combate eran en esencia las mismas que las del tiempo del Cid histórico. Parece claro que el anónimo autor del *Poema* no sólo conocía perfectamente las formas de guerrear de su tiempo, sino que también se muestra conocedor de bastantes datos biográficos de Rodrigo Díaz, lo que contribuye de nuevo a mostrarnos esa mezcla de realidad y ficción a la que aludíamos más arriba.

Con lo dicho hasta ahora, una pregunta se nos antoja inevitable: ¿Es el *Poema de Mío Cid* una fuente aprovechable para el estudio de la naturaleza de la guerra medieval? En el presente trabajo intentaremos dar respuesta a esta cuestión, analizando la visión de la guerra que nos ofrece la gesta cidiana. Puede resultar paradójico, pero defenderemos dos posibilidades, en

¹¹ GARCÍA FITZ, Francisco: «El Cid y la guerra», en *Actas del Congreso internacional El Cid, Poema e Historia*, HERNÁNDEZ ALONSO, César (coord.), Burgos, 2000, (en adelante citaremos *El Cid, Poema e Historia*) pp. 383-418. Otro estudio que ha abordado la vertiente guerrera de Rodrigo Díaz, poniéndola en relación con su época y con otros individuos similares, es el de TORRE SEVILLA-QUIÑONES DE LEÓN, Margarita C.: *El Cid y otros señores de la guerra*. León, 2000.

principio antagónicas pero a la postre complementarias: 1) que el *Poema* es una composición que, por el arraigo que tiene en la época de su elaboración, nos proporciona una visión de la guerra que, en determinados aspectos, encaja plenamente dentro del conocimiento que tenemos de las actividades militares medievales; y 2) que su empleo para el estudio de la guerra medieval puede resultar extremadamente peligroso por su grado de ficción y deformación, que se concreta en la desmesurada importancia que da a una operación escasa en la Edad Media, como es la batalla campal, y al predominio absoluto que en las actividades militares da a la caballería pesada, silenciando la importancia que pudiera haber tenido la infantería.

La «guerra real» en el Poema de Mío Cid

Como acabamos de apuntar, el *Poema de Mío Cid*¹² ofrece en conjunto –y a pesar de las evidentes distorsiones que estudiaremos más adelante– una imagen verídica de la guerra medieval: básicamente, el panorama bélico que dibuja se corresponde con las formas de guerrear que predominaron durante buena parte del periodo medieval y con los comportamientos y actitudes del «Cid real» tal como lo conocemos por otras fuentes históricas.

Si la guerra medieval consistió básicamente en operaciones de saqueo y desgaste, en cabalgadas erosivas que facilitarían un posterior dominio de las fortificaciones para hacer efectivo el control del espacio enemigo, entonces cobra pleno sentido la valoración del *Poema* como vía de acercamiento a la realidad bélica del momento de su composición, porque el *Poema* se encarga de reflejar precisamente aquellas facetas de la guerra. En este sentido, la obra no sólo mostraría verídicamente la forma de combatir del personaje, sino la de toda una época.

Esta consideración no es novedosa. El historiador John Gillingham demostró que la *Historia de Guillermo el Mariscal* (siglo XIII) era una obra que, a pesar de su naturaleza épica, podía ser manejada como fuente para conocer algunos aspectos de las formas de combatir y el papel «real» que habría desempeñado la caballería en el tipo de guerra que se hacía en aquella época. Gillingham pensaba que la historia de «el mejor caballero del

¹² Vamos a utilizar para ello la edición del *Poema* de MICHAEL, Ian: *Poema de Mío Cid*. 5ª ed., Clásicos Castalia, Madrid, 1991 (1ª ed. de 1984). A pesar de ello queremos destacar aquí la calidad de la edición de MONTANER FRUTOS, Alberto: *Cantar de Mío Cid*. Crítica, Barcelona, 1993. Un resumen manejable para una aproximación previa a la edición de Montaner en MORROS, Bienvenido: «El *Cantar de Mío Cid* según Alberto Montaner», en *Romance Philology*, 51, 1997, pp. 35-68.

mundo» –asignación dada por el arzobispo de Canterbury a Guillermo en su funeral y recogida después por su biógrafo–, pese a estar inmersa en una atmósfera caballeresca, podía aportar datos interesantes para el estudio de la guerra¹³. Desde una perspectiva similar, Matthew Bennet, al estudiar la percepción que de la guerra tuvo el poeta Wace (mediados del siglo XII), llegó a conclusiones parecidas. En el segundo de los casos, no importaba que el poeta normando evocara en sus versos los días de la invasión romana de Inglaterra, o historias legendarias del mítico rey Arturo, ya que la fisonomía de la guerra en su obra poética era reflejo de la que se hacía en su propia época. En este sentido, lo que algunos consideraban «*invenciones*» del poeta, deformaciones de sus fuentes a la hora de evocar sucesos pretéritos, era para Bennett una información que contribuía a la comprensión de la «...*historia de su propio periodo...*», con lo cual comenzaba a ser «...*una información valiosa*»¹⁴. De una manera semejante intentaremos aproximarnos a esa «realidad» bélica que emana de los versos del cantar de gesta cidiano, teniendo siempre presente que, a pesar de todo, nos encontramos ante una composición que nos ofreció una visión predominantemente caballeresca de la guerra, como tendremos ocasión de exponer en un segundo apartado.

Se ha convertido ya casi en axioma la célebre aseveración que el historiador belga Claude Gaier hizo acerca de la naturaleza que habría tenido la guerra en la Edad Media. Para él, y para la mayoría de los que con posterioridad se han dedicado al estudio de las actividades militares en el medioevo, la guerra de este periodo estuvo caracterizada por «...*avant tout de pillage, souvent de sieges, parfois de batailles...*». La guerra de devastaciones y desgaste y el control de puntos fuertes para hacer efectivo el dominio del espacio serían las operaciones más habituales, la batalla sería una operación poco frecuente¹⁵. El Cid no fue una excepción en este sentido. Muy al contrario, como ha demostrado García Fitz recientemente, haría de la cabalgada y del dominio y empleo de plazas fuertes sus operaciones más frecuen-

¹³ GILLINGHAM, John: «War and Chivalry in the History of William the Marshal», en *Anglo-Norman Warfare. Studies in late Anglo-Saxon and Anglo-Norman military organization and warfare*, Matthew Strickland ed., Woodbridge, 1992 (en adelante citaremos *Anglo-Norman Warfare*), pp.251-263.

¹⁴ BENNETT, Matthew: «Wace and Warfare», en *Anglo-Norman Studies. Proceedings of the Battle Conference 1988*, R. Allen Brown ed., Woodbridge, 1989, p. 38. Este trabajo fue reeditado en *Anglo-Norman Warfare*, pp. 230-250, p.231. Me gustaría dar aquí las gracias a Francisco Javier Utrilla Hernangómez por la desinteresada ayuda que me prestó en la traducción de este estudio.

¹⁵ GAIER, Claude: *Art et organisation militaires dans la principauté de Liège et dans le comté de Looz au Moyen Age*. Bruxelles, 1968, p. 216, citado por GARCÍA FITZ, Francisco: *Castilla y León frente al Islam. Estrategias de expansión y tácticas militares*. Sevilla, 1998, p. 40. Se han hecho eco de ese aserto especialmente los historiadores anglosajones como GILLINGHAM, J.: «Richard I and the science of war in the Middle Ages», en *Anglo-Norman Warfare*, pp. 194-207, «William the Bastard at war», en *Anglo-Norman Warfare*, 1992, pp. 143-160, y *War and Chivalry*

tes, prioritarias y efectivas, que al final le llevarían a alcanzar su mayor éxito militar, la conquista de Valencia¹⁶.

Las cabalgadas fueron operaciones explotadas a fondo por el «Cid histórico» para la consecución de diversos fines. Uno de esos objetivos sería el abastecimiento. Y es que si generalmente «vivir de la tierra» fue un imperativo para las huestes plenomedievales por la ausencia de sistemas logísticos y líneas de abastecimiento, en el caso del Cid sería una necesidad más acuciante por el hecho de no contar con una base territorial estable¹⁷. Pues bien, esta consideración sería expresamente recogida por el *Poema*: en alguna ocasión el poeta se refiere al imperativo logístico como una de las motivaciones primordiales de la hueste cidiana para guerrear. Por ejemplo, sería la necesidad de abastecimiento lo que motivaría la decisión de abandonar el campamento del Poyo de Monreal, ya que –según el *Cantar*– quien permanece quieto en un sitio mucho tiempo «*lo so puede menguar*»¹⁸. En este mismo sentido habría que entender las palabras con las que el Cid comunicó al conde Berenguer que no le devolvería nada de cuanto le había arrebatado en la batalla de Tévar, porque «*...prendiendo de vós e de otros ir nos hemos pagando; abremos esta vida mientras ploguiere al Padre sancto...*»¹⁹.

Esa necesidad logística sería la que impulsó al Cid a enviar a doscientos caballeros en algara bajo la comandancia de Minaya, mientras él permanecía

in the History of William the Marshal, pp. 262-63; STRICKLAND, Matthew: «Securing the North: Invasion and Strategy of Defense in Twelfth-Century Anglo-Scottish Warfare», en *Anglo-Norman Warfare*, 1992, pp. 208-229, y *War and Chivalry. The Conduct and Perception of War in England and Normandy, 1066-1217*, Cambridge, 1996, p. 259 y ss., para la importancia de la guerra de asedio y control de puntos fuertes p. 204; PRESTWICH, Michael: *Armies and Warfare in the Middle Ages. The English Experience*. New Haven and London, 1996, p. 305. También CONTAMINE, Philippe: *La guerra en la Edad Media*. Labor, Barcelona, 1984, p. 274. Sobre el mundo castellano-leonés de los siglos XI al XIII, GARCÍA FITZ, Francisco: *Castilla y León frente al Islam*, pp. 40-56, sobre el papel de la guerra de desgaste en este contexto, pp. 59 y ss.; para la guerra de asedios pp.171-176. Para el caso de la Primera Cruzada véase FRANCE, John: *Victory in the East. A Military History of the First Crusade*. Cambridge, 1994, pp. 42 y ss.

¹⁶ GARCÍA FITZ, Francisco: *El Cid y la guerra* pp. 403-418.

¹⁷ García Fitz afirma que a partir de 1087-88, momento en el que el Cid comienza a moverse con cierta libertad por el territorio levantino, «*...sin un señor al que servir, sin un lugar a dónde volver, vender y redistribuir, y sin otro medio de subsistencia que no fuera lo conseguido en campaña, las operaciones de saqueo no sólo se convirtieron en el pilar fundamental para el enriquecimiento de la hueste cidiana, sino que también toda la vida y acciones de este grupo de guerreros se vio fuertemente condicionada por esta manera de entender la guerra, o quizás de entender la vida...*»; *El Cid y la guerra*, p. 413, sobre la cabalgada como medio de vida de la hueste cidiana, pp.413-415. Sobre la necesidad del saqueo de territorios enemigos para el abastecimiento véase STRICKLAND, Matthew: *War and Chivalry*, p. 264; PRESTWICH, M., *Op.Cit.*, pp. 246-247 y 260 y ss.; GILLINGHAM, John: *Richard I and the science...*, pp. 199-202; y *William the Bastard at war*, passim.

¹⁸ *Poema de Mío Cid*, v. 948.

¹⁹ *Poema de Mío Cid*, vers. 1046-1047.

con el resto de la hueste en celada para tomar Castejón. El Cid ordenó a sus hombres correr la tierra desde Hita hacia abajo, por Guadalajara, y que «...fata Alcalá lleguen las algaras...», sin dejarse nada por miedo a los «moros»²⁰. Tras la ficticia toma de Castejón el poeta relata que regresó esa partida que había ido en algará por el valle del Henares, trayendo consigo «...grandes gana(n)çias...» consistentes en «...muchos gañados de oveias e de vacas, e de rropas e de otras rriquizas largas...»²¹, elementos éstos esenciales para el mantenimiento de una hueste en tierras enemigas.

Por otra parte, Rodrigo Díaz utilizó la cabalgada –aparte de para la obtención directa de botín de guerra con el que subsistir y lucrarse– como un arma refinada con la que presionar y extorsionar al enemigo para exigirle tributos en dinero o especies. El «Cid histórico» en determinados momentos, habiendo alcanzado cierto nivel de «...madurez y superioridad militar...» –parafraseando a García Fitz–, pudo obtener el equivalente al botín ganado mediante algaras «...sin que mediara de forma directa el uso de la fuerza...». No por ello la situación estaría carente de violencia. En función de «...la amarga experiencia acumulada por las víctimas, la certeza de su impotencia y la amenaza de la reiteración de las agresiones...», llegó un momento en el que al Cid no le hizo falta movilizar tropas para imponer a sus enemigos pesadas cargas fiscales que a la postre cumplirían para su hueste las mismas funciones logísticas y lucrativas que el botín de guerra. Los enemigos del Cid optaron por someterse en ocasiones a esa extorsión si con ello frenaban una cabalgada ya iniciada, o evitaban que otra pudiera llegar a iniciarse. Este sistema aquilatado «...ahorraba tiempo y riesgos a unos...» (al Cid y sus hombres) y «...sufrimientos a otros...» (sus enemigos)²².

En esencia, éste sería el mecanismo que sustentó el régimen de parias al que los reyes castellano-leoneses sometieron a los poderes musulmanes desde el reinado de Fernando I²³. Ese fenómeno, el del empleo de la cabal-

²⁰ *Ibidem*, vv. 444-455.

²¹ *Ibidem*, vv. 480-481.

²² *El Cid y la guerra*, p. 415. En este mismo estudio se recogen varios ejemplos de cómo el Cid histórico empleó la extorsión para alcanzar sus fines, p. 416.

²³ Sobre las parias puede consultarse el estudio de GRASSOTTI, Hilda: «Para la historia del botín y las parias», en *Cuadernos de Historia de España*, XXXIX-XL, 1964, pp. 43-132, en el que la autora no considera el reinado de Fernando I el momento de institucionalización de las parias. No valorando tanto su institucionalización como empleo efectivo, García Fitz, en un estudio reciente, considera ese reinado como la fase embrionaria de un modelo de disolución del enemigo musulmán, en el que el cobro de parias actuaría como herramienta debilitadora fundamental, que llegaría a su plena madurez durante el mandato de Alfonso VI. Véase *Relaciones políticas y guerra. La experiencia castellano-leonesa frente al Islam. Siglos XI-XIII*, Sevilla, 2002, pp. 25-39 para los antecedentes y fase de inicio de la política de parias, y pp. 39 a 76 para su fase de plenitud y sobreexplotación durante el reinado de Alfonso VI.

gada como método de extorsión para el cobro de parias, puede apreciarse de una manera clara en el *Poema*. Mikel de Epalza, que lo estudió con cierta profundidad, afirma que esas parias aparecen en la gesta cidiana «...como la plasmación institucional de las relaciones entre el Cid y los musulmanes...», y que las actividades militares contra ellos se nos muestran en el *Cantar*, «...más que en cualquier otro texto literario medieval, como un medio para obtener parias...»²⁴.

En este sentido entendemos al poeta cuando narraba que, tras dejar atrás una serie de comarcas junto al Jalón, el Cid fue a «posar» a un otero «...rredondo, fuerte e grand...» cercano al río y que se encontraba sobre Alcocer, a la que pretendía conquistar desde esa posición ventajosa²⁵. Desde ese

²⁴ EPALZA, Mikel de: «El Cid y los musulmanes: el sistema de parias pagas, la colaboración de Aben-Galbón, el título de Cid-León, la posadita fortificada de Alcocer», en *Actas del Simposio Internacional «El Cid en el Valle del Jalón»* (en adelante citaremos como *El Cid en el Valle del Jalón*), Centro de Estudios Bilbilitanos, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 1991, p. 107. En este estudio se recogen los pasajes del *Cantar* que hacen alusión al cobro de parias en pp. 108-109.

²⁵ El campamento cidiano sobre Alcocer al que se refiere el *Cantar* (vv. 557-563) ilustra a la perfección las medidas que los tratados militares medievales recomendaron para la ubicación y defensa de un campamento óptimo. La altura, la potencialidad defensiva y la disponibilidad de mantenimientos, entre ellos agua, eran las cualidades más aludidas por la tratadística militar con las que debía contar un buen campamento. Ver por ejemplo VEGECIO, Flavio R.: *Epitoma Rei Militaris*, en María Teresa CALLEJAS VERDONES, *Edición crítica y traducción del Epitoma Rei Militaris de Vegetius. Libros I y II, a la luz de los manuscritos españoles y de los más antiguos testimonios europeos*, Madrid, 1982, Libro I, capítulo XXII, p. 162; ALFONSO X: *Las Siete Partidas del Sabio Rey don Alfonso nono*, ed. Gregorio López, Salamanca, 1555, (edición facsimilar, Madrid, 1984), *Segunda Partida*, Título XXIII, leyes de XIX a XXI; GIL DE ZAMORA, Juan: *De Preconiis Hispaniae o Educación del Príncipe*, traducción y estudio de J.L. MARTÍN y J. COSTAS, Salamanca, 1996, p.201; PSEUDO ARISTÓTELES: *Poridat de las Poridades*, ed. de Lloyd A. Kasten, Madrid, 1957, p. 56 y GARCÍA FITZ, Francisco: *Castilla y León frente al Islam*, pp. 157-160. Por otra parte, ésta sería otra de las conexiones más claras que guarda el *Poema* con la realidad de la guerra medieval en general y con la de las actuaciones más concretas del Cid histórico. José Luis Corral Lafuente y Francisco José Martínez García consiguieron, en base al método arqueológico basado en la prospección intensiva combinado con el análisis de ciertos documentos posteriores, identificar y descubrir el lugar en el que se habría situado ese campamento al que alude el *Poema*. Sobre esa identificación del Otero del Cid o Torrecid y de otros lugares que menciona el *Poema* que habían permanecido sin descubrir, CORRAL LAFUENTE, José Luis: «Realidad y ficción en el Poema del Cid: historia, literatura y arqueología», en *El Cid Histórico y el Cid en la Leyenda* (en adelante *El Cid Histórico y el Cid en la Leyenda*), XII Curso Universitario de Verano dirigido por Salustiano Moreta Velallos, El Burgo de Osma (Soria), agosto de 1999, Guarnizo (Cantabria), 2000, pp. 93-126. Sobre la viabilidad del empleo del método arqueológico para iluminar puntos oscuros de los cantares de gesta véase del mismo autor «Método arqueológico y cantares de gesta», en *El Cid en el valle del Jalón*, pp. 33-48. Disponemos además, en la misma publicación, de un estudio sobre el yacimiento de Cerro de Torrecid u Otero del Cid realizado por F. J. Martínez García en base a los materiales y estructuras aparecidos como resultado de una serie de campañas arqueológicas iniciadas en 1987 y dirigidas por dicho arqueólogo; MARTÍNEZ GARCÍA, F. J.: «El Otero del Cid o Cerro Torrecid: enclave militar del Campeador en el valle del Jalón», en *El Cid en el Valle del Jalón*, pp.49 a 95. En este artículo se incluye un mapa sobre la situación del yacimiento, el análisis del mismo, así como un inventario completo de los materiales aparecidos en las excavaciones.

campamento el Cid consiguió que los de Alcocer le pagasen «*parias de grado*»²⁶. Pero además de Alcocer, el Cid amenazaría desde ese campamento a otras poblaciones limítrofes como Ateca o Terror, que también le pagarían «*parias*» ante el desagrado de la cercana Calatayud²⁷. En ese otero sobre Alcocer permaneció el Cid «...*complidas quinze semmanas...*»²⁸, un tiempo en el que la actividad principal de sus hombres habría sido la presión de los alrededores mediante cabalgadas para forzar el pago de parias.

En un momento posterior, habiendo situado la acampada en el Poyo de Monreal²⁹, el Cid «*metio en paria*» a Daroca, Molina, Teruel, Celfa y Canal³⁰. Desde esa misma base de operaciones –continuaba poco más adelante el poeta– el Cid «...*mucha tierra preava...*», con lo que el valle del río Martín «...*todo lo metió en paria...*»³¹. Poco más adelante Rodrigo marchó hacia el Pinar de Tévar, donde posó, y desde allí «...*todas essas tierras todas las preava...*» con lo cual «...*a Saragoça metuda la (á) en paria...*»³². Finalmente, al recrear una incursión por tierras de Alcañíz, el poeta expresaba que el Cid «...*tierras de Alcañiz negras las va parando; e aderedor todo lo va preando...*», imagen nítida de las consecuencias del fuego y la destrucción sobre la tierra, que motivarían que poblaciones como Monzón o Huesca también le pagaran parias³³.

Esas imágenes de las formas de actuar del Cid que reflejó el poeta, dejando de lado su posible historicidad, concuerdan con las que nos ofrecen las fuentes más cercanas al personaje histórico. Apuntábamos anteriormente que Rodrigo Díaz empleó la cabalgada como un elemento de presión contra sus enemigos, como el medio fundamental para conseguir de ellos, mediante la extorsión, dinero y mantenimientos. Pongamos un ejemplo. En otoño de 1092 Rodrigo asediaba Juballa, castillo situado a unos quince kilómetros al norte de Valencia; desde allí envió emisarios a todos los castillos

²⁶ IBÍDEM, vv. 568-570.

²⁷ IBÍDEM, vv. 571-572.

²⁸ IBÍDEM, v. 573.

²⁹ Este nuevo campamento del Cid gozaría también, al igual que el otero sobre Alcocer, de defensas naturales proporcionadas por la altura: «...*alto es el poyo, maravilloso e grant; non teme guerra, sabet, nulla part...*», vv. 864-865. Sobre su localización exacta puede consultarse CORRAL LAFUENTE, José Luis: *Realidad y Ficción en el Poema del Cid*, pp. 107 a 108.

³⁰ IBÍDEM, vv. 866-869.

³¹ IBÍDEM, vv. 903 y 904. Este último verso dice exactamente «...*el rio de Martín todo lo metió en paria...*». Ian Michael lo interpreta como «...*las villas a lo largo del río Martín...*», explicando además que ese río Martín nace hacia el este de el Poyo de Monreal y fluye por Montalbán hacia el N.E. hasta ir a desembocar en el Ebro, ver p. 142 de su edición crítica del *Poema* que venimos utilizando.

³² IBÍDEM, vv. 913-914.

³³ IBÍDEM, vv. 935-941.

de los alrededores de Valencia para que le suministrasen víveres y para que él pudiera intercambiar libremente los productos del botín en ellos, amenazando con arrasar su territorio si incumplían lo ordenado. En este sentido Ibn Idari, bien documentado mediante la crónica del valenciano coetáneo Ibn Alqama, afirmaba que Rodrigo «...envió mensajeros a las fortalezas vecinas, pidiendo víveres, que les fueron facilitados por quienes tenían su crueldad, con lo cual afluyeron las provisiones a su real...»³⁴.

Además de para abastecerse y extorsionar al adversario mediante el saqueo y la devastación del territorio enemigo, un dirigente militar podía también desestabilizarlo, empobrecerlo, erosionar sus bases materiales y su resistencia psicológica para facilitar la posterior conquista de sus puntos fuertes. De este modo la cabalgada guardaba una estrecha relación con la guerra de asedios. Ambas –cabalgada y asedio– serían manifestaciones evidentes de que la estrategia fundamental de la guerra medieval fue la «aproximación indirecta» al enemigo³⁵. ¿Podemos apreciar este tipo de «aproximación indirecta» en las formas de actuar del Cid del *Poema*? Aunque no de una manera tan clara como lo reflejaron las fuentes contemporáneas, sí al menos podemos vislumbrar ese comportamiento en la composición poética. Está claro que cuando decidió lanzarse sobre Valencia para conquistarla con medios militares –hacia mediados de 1092, tras el asesinato de al-Qadir y la subida al trono de Ibn Yahhaf–, Rodrigo Díaz comenzó a someter

³⁴ IBN IDARI AL-MARRAKUSI: *Al-Bayan al-Mugrib. Nuevos fragmentos almorávides y almohades*. Traducidos y anotados por Ambrosio Huici Miranda, Valencia, 1963, tomo I, pp. 69-70. Una traducción más actual de los fragmentos relativos al Cid de Ibn Idari, en la magnífica antología de fuentes musulmanas que hablan del Cid de VIGUERA MOLINS, María José: «El Cid en las fuentes árabes», en *El Cid, Poema e Historia*, Burgos, 2000, p. 72. Esta noticia, también reproduciendo a Ibn Alqama, se encuentra en la *Primera Crónica General de España*, ed. Menéndez Pidal, con estudio actualizador de Diego Catalán, Madrid, 1977, caps. 900 y 901, una enumeración de los castillos que pechaban al Cid y la cuantía en cap. 896, y en *Crónica de Veinte Reyes*, ed. Gonzalo Martínez Díez, César Hernández Alonso, José Manuel Ruiz Asencio *et alii*, Burgos, 1991, libro X, cap. XLVIII, p.227. Para el contexto de esos acontecimientos véase FLETCHER, *El Cid*, p. 172; MARTÍNEZ DÍEZ, *El Cid histórico*, p. 270 y ss. Sobre el empleo de la extorsión como método de desestabilización y abastecimiento ver GARCÍA FITZ, *El Cid y la guerra*, pp. 414-416.

³⁵ Esta sería la estrategia principal de Guillermo el Bastardo (s.XI); véase GILLINGHAM, *William the Bastard at war*, p. 150. Sobre el papel de las cabalgadas y guerra de desgaste para una posterior anexión de puntos fuertes véase también STRICKLAND, *War and Chivalry*, pp. 266 y ss., que consideraba que «...Supply and mastery over available local resources, moreover, was the key to siege warfare...». Sobre esto en el mundo castellano-leonés de los siglos XI al XIII ver GARCÍA FITZ, *Castilla y León frente al Islam*, pp. 119-126. Sobre el caso concreto de la conquista de Sevilla por Fernando III en 1248 puede consultarse del mismo autor «El cerco de Sevilla: reflexiones sobre la guerra de asedio en la Edad Media», en *Congreso Internacional Conmemorativo del 750 Aniversario de la Conquista de Sevilla por Fernando III, Rey de Castilla y León, (Sevilla, 23-27 de noviembre de 1998)*, Madrid, 2000, pp.115-154, especialmente pp. 135-140.

a los alrededores de la ciudad a una agresiva guerra devastadora que le reportaba el doble beneficio de la obtención de suministros y el debilitamiento de la población valenciana para su posterior sometimiento por hambre³⁶. Combinó esa guerra erosiva con las extorsiones a las que sometió a castillos y aldeas de los alrededores, que, como vimos, le pagarían tributos a cambio de no ver sus tierras arrasadas por sus algaras. Además, fue haciéndose con el control de algunos puntos fuertes al norte y al sur de la capital que le sirvieron como bases de operaciones desde las que lanzar los ataques destructivos.

La versión que proporciona el *Poema* sobre las operaciones de aproximación y cerco a Valencia no concuerda, en bastantes aspectos, con la realidad histórica. David Hook consideraba que esa visión sería simplificada y un tanto falseada por el poeta en función de su propósito, que no sería otro que el de presentar a su héroe llevando a cabo una campaña cuidadosamente planificada y viable estratégicamente. En ese relato –sintetizado además por los dictados de la creación poética– no aparecen en ningún momento las complejas relaciones político-tributarias que el Cid histórico desarrolló en la zona y que se prolongaron durante varios años. Por el contrario, la conquista fue presentada por el poeta desde una óptica y con un vocabulario puramente militar, de manera que los pocos versos que dedicó a relatarla muestran la apariencia de una invasión perfectamente estructurada y no alterada por los vaivenes históricos que había ocasionado la cambiante situación política de la zona. Además, apuntaba Hook, ese afán por mostrar la de Valencia como una campaña perfectamente organizada y secuencial y «estratégicamente» viable, llevó al poeta a transmitirla desde la lógica. Así, por ejemplo, se entendería que asignara un papel relevante a Murviedro como centro de operaciones para atacar a la capital. El control de esa plaza sería fundamental para cortar las comunicaciones de Valencia por el norte; además, su situación de cercanía al punto atacado la convertiría en una de las mejores posiciones para su hostigamiento desde esa zona septentrional. Esa fue la lógica estratégica que según Hook habría llevado al poeta a exagerar su importancia en el relato, pero el papel histórico de Murviedro en la toma de Valencia fue secundario: actuó a modo de protectorado cidiano bajo soberanía de Ibn Razin. En esa localidad, en virtud de un acuerdo basado en la amenaza, intercambiaría Rodrigo Díaz las ganancias obtenidas de la guerra, actuaría más bien como un mercado, como un centro de aprovisionamiento y no tanto como la base de opera-

³⁶ GARCÍA FITZ, *El Cid y la guerra*, pp.403 y ss., y 412.

ciones fundamental que el poeta quiso que fuera según los dictados impuestos por esa viabilidad estratégica³⁷.

A pesar del desajuste existente entre las fuentes históricas y el *Poema* en lo que al relato de la campaña de Valencia se refiere, para lo que a nosotros nos interesa –la representación que de la guerra se ofrece en la gesta–, la imagen transmitida es sin embargo bastante «verídica». Esa lógica estratégica que según Hook imprimiría el poeta a su relato tiene una contrapartida positiva: el reflejo de las operaciones militares desplegadas para el control de Valencia resulta coherente dentro del conocimiento que tenemos sobre la guerra medieval en general, y en no pocos aspectos –salvando los matices– dentro del conocimiento que tenemos del Cid histórico en este sentido.

Rodrigo Díaz conquistó Valencia dominando en principio una serie de puntos fuertes que le sirvieron para bloquear las vías de acceso a la ciudad y su propia retaguardia. Los más importantes fueron Juballa (Cebolla) en la parte norte y Peña Cadiella (Benicadell) en la sur. Pero además, Rodrigo Díaz utilizaría esos dos puntos para el hostigamiento permanente de los contornos de la ciudad a partir de 1092, fijando en ellos sus bases de operaciones principales, unas bases desde las que partirían las algaras encaminadas al debilitamiento económico y moral de los valencianos³⁸.

³⁷ HOOK, *The conquest of Valencia in the «Cantar de Mio Cid»*, pp. 120-126. El contexto de la conquista de Valencia y de las operaciones que llevó aparejadas puede encontrarse en MENÉNDEZ PIDAL, pp. 429-481; PEÑA PÉREZ, pp. 129-168; MARTÍNEZ DÍEZ, pp. 268-334. Un análisis desde la perspectiva del comportamiento militar de Rodrigo Díaz en la conquista de Valencia en GARCÍA FITZ, *El Cid y la guerra*, pp. 405-410. El control militar cidiano de Murviedro no se consolidaría hasta junio de 1098, cuatro años después de haber caído la capital; para ello véase *Historia Roderici vel Gesta Roderici Campidocti*, ed. Emma Falqué; *Chronica Hispana Saecvli XII, Pars I*, ed. Emma Falqué, Juan Gil y Antonio Maya, *Corpus Christianorum, Continuatio Mediaevalis*, LXXI, Tvrnholti, 1990, epígrafes 68-72, pp.92-97.

³⁸ Para Cebolla (Puig), véase *Historia Roderici*, epígrafe 54, p. 84. Hay una traducción castellana de la *Historia Roderici*: FALQUÉ REY, Emma: «Traducción de la «Historia Roderici»», en *Boletín de la Institución Fernán González*, año LXII, segundo semestre de 1983, n.º. 201, pp. 339-375; para la toma de Cebolla: epígrafe 54, pp. 365-366. Sobre su papel como base de operaciones desde la que los contingentes cidianos arrasaban los contornos de Valencia, ver *Primera Crónica General*, cap. 901, pp. 568-569. Un estudio sobre ese castillo de Cebolla y su función militar en TEROL MILLER, Luis: «El castillo de Cebolla, el Real Monasterio del Puig y la reconquista de Valencia», en *Castillos de España*, 115, octubre de 1999, pp. 31-42; sobre su utilización por parte del Cid para la conquista de Valencia, pp. 34-37. Sobre esta misma cuestión vease GARCÍA FITZ, *El Cid y la guerra*, p. 406. El Cid histórico reconstruyó el castillo de Peña Cadiella, situado a unos 70 km. al sur de Valencia y que le serviría, aparte de para controlar posibles ataques almorávides procedentes del sur, como base de operaciones en el cerco de la ciudad, véase para ello *Historia Roderici*, epígrafe 46, p. 80, y MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, 2 vol. 5ª ed. Madrid, 1956, p. 410; MARTÍNEZ DÍEZ, pp. 238 y ss. Este uso de Peña Cadiella y Juballa como bases de operaciones fue apuntado por FLETCHER, p.173.

El dominio de algunos castillos situados al norte y al sur de la capital valenciana, entre ellos Cebolla (v. 1150) y Peña Cadiella, también aparece plasmado en la composición épica, así como las cabalgadas iniciales ejecutadas en la zona:

*«...Davan sus corredores e fazíen las trasnochadas,
llegan a Guiera e llegan a Xátiva,
aún más ayusso a Deyna la casa;
cabo del mar tierra de moros firme la quebranta,
ganaron Peña Cadiella, las salidas e las entradas...»³⁹.*

El poeta relató –también de un modo «verídico»– que la campaña contra Valencia duró tres años, en los cuales los hombres del Cid estuvieron «...prendiendo e ganando, e durmiendo los días e las noches tranochando...». En ese tiempo, continuaba, tuvo a los de Valencia «...escarmentados...», ya que «...taiávales las huertas e faziales grand mal...», y además «...en cada uno d'estos años Mio Çid les tollió el pan...»⁴⁰. Esta imagen de la guerra coincide en algunos aspectos con las imágenes que nos ofrecen las fuentes más cercanas a los acontecimientos. Ibn Alqama, por ejemplo, ilustró esas algaras encaminadas a la devastación sistemática de las inmediaciones de Valencia. La versión del contemporáneo contenida en la *Primera Crónica General* exponía que, encontrándose el Cid asediando Juballa, enviaba «...sus algaras que corriessen a Valençia dos uezes al dia, los unos yuan a la mannana et los otros contra la noche, et robauan los ganados...», cautivando a todo aquél que encontraban, con la excepción de los labradores, a los que Rodrigo respetó para su futuro abastecimiento⁴¹. Poco más adelante, la misma fuente refería que el Cid en este tiempo «...corrie a Valençia cada dia, o que en la ma-annana o que al medio dia et en la noche, assy que nunca les dexaua estar en paz...»⁴².

Ese uso que de Cebolla (Poyo de Yuballa) hizo Rodrigo para atacar Valencia, fue gráficamente plasmado por Ibn Idari, en base a la aludida crónica de Ibn Alqama, al decir que «...Desde este último (Poyo de Yuballa)

³⁹ *Poema de Mio Cid*, vv. 1159-1163. Acto seguido el poeta daba cuenta de la inseguridad que provocaría en los musulmanes de la zona el control de Peña Cadiella: «...Quando el Çid Campeador ovo Peña Cadiella, / mal les pesa en Xátiva e dentro en Guiera, / non es con recabdo el dolor de Valencia...», vv. 1164-1166.

⁴⁰ *Poema de Mio Cid*, vv. 1166-1174.

⁴¹ *Primera Crónica General*, cap. 901, p.568.,

⁴² IBÍDEM, cap. 902, p. 569. Sobre estas operaciones ver GARCÍA FITZ, *El Cid y la guerra*, pp.406-407.

*hizo salir continuamente a partir de entonces, escuadrones de caballería en incursiones contra Valencia, poniendo a esta ciudad en grave aprieto y matando a aquéllos de sus habitantes de que se apoderaba...»*⁴³.

La consecuencia lógica de aquellos saqueos y devastaciones, observada también por el poeta, fue que los valencianos comenzaron a sufrir hambre, ya que «...de ninguna part que sea non les vinié pan...», hasta el punto que empezaron a «...murir de fanbre...» por la «...mingua de pan...»⁴⁴. La *Historia Roderici*, que no prestó apenas atención al cerco de Valencia, se hizo eco no obstante de los mismos padecimientos sufridos por los sitiados⁴⁵. Ibn Alqama, según las versiones recogidas por la *Primera Crónica General* y el *Bayan* de Ibn Idari, muestra hasta qué punto escasearon los alimentos dentro de la ciudad, los precios exorbitantes que llegaron a alcanzar algunos artículos, y retrata de forma vívida las muertes ocasionadas por el hambre, así como las inmundicias que se vieron obligados a comer los valencianos para sobrevivir⁴⁶.

La erosión a la que fue sometida Valencia se complementó con el bloqueo absoluto de la ciudad, que constituiría, según García Fitz, la segunda fase del cerco⁴⁷. Pues bien, también el *Poema* nos ofrece un reflejo de esa impermeabilización de la ciudad, cuando decía que (a Valencia) «...bien la çerca Mio Çid que non í avía art, viédales exir e viédales entrar...»⁴⁸. A partir de ahí los valencianos tuvieron que negociar la capitulación, que se

⁴³ IBN IDARI: *Al-Bayan al-Mugrib*. Ed. Huici Miranda, p. 71. Poco más adelante continuaba el historiador musulmán diciendo que «...la caballería cristiana atacaba mañana y tarde a los valencianos, haciéndoles sufrir encuentros que les costaban muertos y heridos...». Aunque también Ibn Idari utilizaría la desaparecida crónica de Ibn Alqama, no reflejó el respeto que el Cid profesaría a los labradores valencianos para su abastecimiento.

⁴⁴ *Poema de Mio Cid*, vv. 1178-1179

⁴⁵ IBN IDARI: «...Fames autem ualida et non modica in urbe facta omnino esse dinoscitur...», epígrafe 59, p.87.

⁴⁶ *Primera Crónica General*, caps. 908, 909, 912, 913, 915 y 916; *Al-Bayan*, p. 75; *Crónica Anónima de los Reyes de Taifas*, introducción, traducción y notas de Felipe Maíllo Salgado, Madrid, 1991, pp. 51-52; también están traducidos los fragmentos de esta última fuente relativos al Cid en VIGUERA MOLINS, pp. 65-66. El cronista andalusí de finales del siglo XII Al-Kardabús relató que en esas condiciones una rata llegó a costar un dinar en Valencia: ver AL-KARDABUS: *Historia de al-Andalus (Kitab al-Iktifa)*. Edición preparada por Felipe Maíllo, Madrid, 1986, p. 127 (también en VIGUERA MOLINS, p.67). Véase también sobre el hambre de Valencia MENÉNDEZ PIDAL: pp. 463 y ss.; MARTÍNEZ DÍEZ: pp. 315-328; y GARCÍA FITZ, pp. 408-409. Sobre la importancia del hambre como arma fulminante y el hecho de que la guerra medieval muchas veces giró en torno al control de suministros, sobre todo en los asedios, puede consultarse STRICKLAND, p. 266, donde se afirma que «...starvation was equally one of the most po-tent weapons available to the besieger...». El poeta Wace también fue consciente de que «...hunger its the greatest weapon in war...», en BENNETT, *Wace and Warfare*, p. 43.

⁴⁷ *El Cid y la guerra*, p. 407.

⁴⁸ *Poema de Mio Cid*, vv. 1204-1205.

estableció en términos de una «*tregua condicional*». En virtud de la tregua condicional el asediador concedía un plazo al asediado para que buscara ayuda exterior para descercarse, mientras cesaban las hostilidades, si vencía el plazo y los asediados no habían sido socorridos tendrían que entregar la plaza al asediador. El *Poema* lo expresó de manera clara al decir que el Cid (a Valencia) «...*Metióla en plazo, si les viniessen uviar...*»⁴⁹.

Con lo expuesto hasta ahora podemos constatar que los dos tipos de guerra más frecuentes en la Edad Media –desgaste y asedio– aparecen reflejados en el *Poema* como parte de las actuaciones que llevó a cabo el Cid desde su destierro hasta la toma de Valencia. Hasta aquí la imagen del «modus operandi» del caudillo medieval en general y del Cid en particular, salvo matices, parece bastante real de acuerdo con el conocimiento histórico que tenemos sobre las formas de guerrear medievales y de las de Rodrigo Díaz. Pero si tuviéramos que valorar si, en líneas generales, la imagen que ofrece el *Poema* de la guerra medieval y de la practicada por el Cid histórico se ajusta a la realidad, tendríamos que reconocer que existen demasiados elementos de distorsión como para dar una respuesta afirmativa. Ello se debe a dos motivos fundamentales: el protagonismo absoluto otorgado a la batalla campal, por encima de cualquier otro tipo de operación, y la relevancia incuestionable de la caballería en la acción bélica. Profundizar en estas cuestiones constituye el objetivo del segundo apartado de este trabajo.

La guerra «imaginada»: batalla campal y caballería en el Poema

Afirmaba John Gillingham que la *Historia de Guillermo el Mariscal* era una fuente en la que varios historiadores habían colmado sus objetivos al encontrar en ella lo que previamente habían pensado podrían encontrar. Él mismo, cuya pretensión era la de estudiar la vertiente militar de Guillermo y el papel de la caballería en la guerra, se incluía dentro de esa nómina de historiadores. Ello resultaba posible por la particular naturaleza del escrito, y por ser éste susceptible de ser analizado desde diferentes puntos de vista⁵⁰.

⁴⁹ IBÍDEM, v. 1208. Matthew Strickland estudió estas «*conditional respite*» en el ámbito Anglo-Normando de los siglos XI al XIII, considerando que ésta fue la forma más habitual en el periodo de conquistar castillos y ciudades, *War and Chivalry*, pp. 208-212. Fue exactamente eso lo que sucedió en Valencia, que acabó rindiéndose firmando una «*pleytisia*» con el Cid; para ello véase *Primera Crónica General*, cap. 916, pp. 586-587; GARCÍA FITZ, *El Cid y la Guerra*, pp.407-408, y MARTÍNEZ DÍEZ, pp. 326-328.

⁵⁰ *War and Chivalry in the History of William the Marshall*, pp. 251-263, esp. pp. 251-253.

Algo parecido –salvando todas las distancias existentes– ocurre con el *Poema de Mío Cid*. De hecho, puede ser analizado desde variadas ópticas que no tienen por qué contradecirse a pesar de ofrecer interpretaciones distintas sobre un mismo fenómeno, siempre que el enfoque sea el adecuado. Esa cualidad de la gesta cidiana nos permite, por una parte, afirmar que la imagen de las formas de hacer la guerra que nos ofrece resulta coherente, dentro del conocimiento que tenemos sobre el carácter de las actividades militares en el medievo; y por otra, nos posibilita considerar que esa misma imagen de la guerra, desde una perspectiva más general, resulta deformada. En este punto resulta insoslayable reflexionar, aunque sea brevemente, sobre la propia naturaleza épica del Cantar, fijando nuestra atención en el hecho de que habría sido concebido y compuesto para uso y disfrute de un sector de la sociedad: el de los caballeros.

A pesar de que su grado de realismo pueda ser superior al de otros cantares de gesta, especialmente los franceses, el *Poema* no deja por ello de ser una composición que distorsiona la realidad en base a una representación idealizada de la sociedad y de la guerra, que reflejaría el sistema de valores del público caballeresco para el que iría dirigido. Su escaso valor de cara a la reconstrucción de los acontecimientos históricos que en ellos se narran, se compensa de este modo con su potencialidad a la hora de esclarecer las aspiraciones, las motivaciones, el modo de pensar y de autoconcebirse de la élite guerrera de la sociedad medieval. Estamos en este sentido de acuerdo con Matthew Strickland cuando consideraba que, aunque la utilización de los cantares podía resultar peligrosa para el estudio de la guerra y del comportamiento del guerrero en el combate, «... *they nevertheless are of great value as extended expresions of ideals of chivalry*»⁵¹.

⁵¹ *War and Chivalry...*, p. 9. De una manera similar Jean Flori opinaba que «... *los cantares de gesta se consideran por lo general destinados a un público de caballeros y fiel reflejo de su sistema de valores. Por tanto, su vocabulario nos aporta una «visión interna» de la caballería que, aun cuando no sea real, es al menos tal como los propios caballeros se la representaban...*»; en FLORI, Jean: «La noción de caballería en los cantares de gesta del siglo XII. Estudio histórico del vocabulario», en *Epopeya e Historia*, Colección Nueva Historia, Barcelona, 1985, coordinada por Victoria Cirlot, pp. 119-146 (traducido del original en francés *La notion de chevalerie dans les chansons de geste du XII^e siècle. Etude historique de vocabulaire, Le Moyen Age*, 1975, pp. 211-244), pp. 121-122. Sobre el mismo aspecto véase también del mismo autor *Caballeros y caballería en la Edad Media*, Barcelona, 2001, pp. 235 a 236; así como ALVIRA CABRER, Martín: *Guerra e Ideología en la España Medieval: Cultura y Actitudes Históricas ante el giro de principios del siglo XIII. Batallas de las Navas de Tolosa (1212) y Muret (1213)*, Tesis Doctoral Inédita leída en octubre de 2000, Universidad Complutense, tomo I, relativo a la batalla de las Navas de Tolosa, pp. 24-25. Me gustaría expresar aquí mi más sincera gratitud al Doctor Alvira por haberme permitido consultar y utilizar los manuscritos de su Tesis Doctoral.

El *Poema*, como decíamos, no escapa de ese marco anteriormente planteado. Salustiano Moreta Velayos, que ha reflexionado sobre ello en algunos de sus trabajos, considera que «...su historicidad no debe confundirse con la exactitud objetiva de las informaciones sino con el significado que asumen para el juglar y su auditorio...»⁵², un auditorio formado por caballeros que verían en el protagonista del cantar «...el modelo ideal del guerrero en el que soñaban convertirse algún día...»⁵³.

Para lo que a nosotros nos interesa –la percepción de la guerra–, esa deformación de la realidad se materializa en la desmedida importancia que su autor otorgó a un tipo de operación bastante escasa en el periodo, como fue la batalla campal, y al papel militar preponderante que le concedió a la caballería pesada, ignorando de manera premeditada la importancia que hubiera podido tener la infantería. Además, y relacionado con lo anterior, da la sensación de que el poeta hubiera querido perpetuar y engrandecer esa imagen del «Campeador», del Cid como guerrero especialista en vencer «batallas campales», como «Dominador del Llano» o «Señor del Campo de Batalla»⁵⁴, que ya le caracterizaba en vida.

Es sabido que la batalla campal fue una operación poco frecuente en la Edad Media, bastante peligrosa y de resultados inciertos. Un choque de este tipo podía suponer un tremendo descalabro para el derrotado, y los beneficios de cara a la expansión territorial no siempre eran demasiado significativos para el vencedor. Por ello fue normal que los dirigentes militares pre-

⁵² Y el héroe tascó la hierba, p. 17.

⁵³ MORETA VELAYOS, Salustiano: *Myo Çid el Campeador*, p. 229. Sobre este aspecto véanse también del mismo autor «El caballero en los poemas épicos castellanos del siglo XIII. Datos para un estudio del léxico y de la ideología de la clase feudal», en *Studia Histórica*, 1-2º, 1983, pp. 5-28, esp. p. 7. y «El Cid, personaje de leyenda», en *El Cid Histórico y el Cid en la Leyenda*, pp. 173-176, esp. p. 173.

⁵⁴ Literalmente «Campidoctor» vendría a significar «Experto en el Campo de Batalla», y por tanto «Señor» del mismo. Recientemente hemos estudiado el significado que tendría «Campidoctor» o «Campeador» para los autores medievales de los siglos XI al XIII que hablaron del Cid, llegando a la conclusión de que para ellos significaría «Señor del Campo de Batalla»; véase PORRINAS GONZÁLEZ, David: «Una interpretación del significado de «Campeador»: el «Señor del Campo de Batalla», en *Norba. Revista de Historia*, nº 16 (en prensa). Algunos estudiosos han traducido ese apelativo como «Vencedor de batallas», como por ejemplo MENÉNDEZ PIDAL, pp.158-159; GALMES DE FUENTES, Álvaro: *Épica árabe y épica castellana*. Barcelona, 1978, pp. 53-54; MONTANER FRUTOS, Alberto: «El Cid, mito y símbolo», en *Boletín del Museo e Instituto «Camón Aznar»*, XXVII, 1987, pp. 121 a 340, p. 179; MORETA VELAYOS, *Myo Çid el Campeador*, p. 196. Otros como Richard Fletcher consideran que «Campidoctor» vendría a significar «maestro del campo», término utilizado por autores tardorromanos de los siglos IV y V y que en la segunda mitad del siglo XII fue conocido por Juan de Salisbury. Fletcher reconoce que es un enigma el hecho de que rea-pareciera ese término en la España del siglo XI, véase *op.cit.*, pp. 119-120. Una síntesis de diversas interpretaciones del significado de «Campeador» en MONTANER FRUTOS, Alberto (ed.): *Cantar de Mio Cid*, pp. 398-399.

firieran otro tipo de operaciones para combatir al enemigo, más seguras y rentables estratégicamente que una batalla. En consecuencia, fue bastante habitual en este periodo la elusión de una operación tan cargada de peligro e incertidumbre como era la batalla, de ahí su rareza⁵⁵.

A pesar de todo, la batalla campal despertó un enorme interés en los hombres medievales, que se explayaban ampliamente hablando de ella cuando tenían ocasión. La victoria en una batalla era considerada acontecimiento «central» en la vida de un reino, y los más diversos autores –cronistas, poetas– le concedieron en sus obras una importancia trascendental⁵⁶. En palabras de García Fitz, en esta época las batallas eran «...*hechos memorables, insignes, notables*»⁵⁷, en la medida en que en ellas se veían implicados grandes hombres. Si eso fue así en las narraciones históricas, no sorprende en absoluto que en los poemas épicos la batalla fuera la operación predilecta de quienes los componían, ya que lo que interesaba a esos autores era, «...*el marco, el escenario donde hacer actuar, pensar y hablar al héroe, y quizás ninguno más apropiado que el de una batalla campal...*» para ello⁵⁸.

Estas ideas tienen un claro reflejo en el *Poema*. Para su autor, la batalla campal fue la operación más relevante, aquélla en la que mayor gloria y honor podía alcanzar el caballero. Esa importancia otorgada a la confrontación campal puede apreciarse en tanto en cuanto el poeta dedicó muchos más versos a relatar batallas que a todas las otras operaciones en su conjunto⁵⁹. Pero, además, el poeta expresó en una ocasión claramente su propia opinión al respecto. Fue con motivo del relato de la toma por sorpresa de Castejón, cuando el Cid envió a Minaya Álvar Fáñez en cabalgada con doscientos caballeros por el valle del Henares. Al regresar los guerreros de

⁵⁵ GARCÍA FITZ, *Castilla y León frente al Islam*, p. 288-328. También esta idea aparece ampliamente reflejada en GILLINGHAM, *Richard I...*, especialmente pp. 194 a 199 y 206 a 207; *William the Bastard...*, esp. 146 y ss., y *War and Chivalry...*, esp. p. 262.

⁵⁶ Esa enorme cobertura informativa que recibían las batallas campales ha sido puesta de relieve recientemente por Martín Alvira Cabrer en su estudio de dos de las batallas más importantes del siglo XIII europeo, las de Las Navas y Muret. Para ello ALVIRA CABRER, Martín: *Guerra e Ideología en la España Medieval*, passim.; y *El Jueves de Muret, 12 de Septiembre de 1213*, Barcelona, 2002, passim.

⁵⁷ GARCÍA FITZ, *Castilla y León...*, p. 279.

⁵⁸ IBÍDEM, pp. 280-281. El autor considera que «...*Los juglares o los monjes que compusieron cantares épicos podían aprovechar la narración de las actuaciones de su héroe en una batalla para condensar en ella el conjunto de valores atribuidos al mismo...*».

⁵⁹ Podríamos haber contado el número de versos que el poeta dedicó a cada tipo de operación militar –batalla, cabalgada, asedio–, pero quizás sea suficiente con apuntar la idea de que la batalla recibe una mayor atención en este sentido. García Fitz se fijó en el número de estrofas que el *Poema de Fernán González* destinó a la batalla, observando que en la parte que la composición dedicaba a hablar de la vida de Fernán González más del sesenta por ciento de las estrofas están consagradas a la narración de batallas, para ello véase *Castilla y León frente al Islam*, p. 281.

aquella expedición exitosa cargados de botín, Castejón ya había sido tomada por el Cid y el resto de la hueste mediante un ardid. Al ver llegar a Minaya y apreciar el resultado de la cabalgada comandada por su «...*diestro brazo...*», el Cid le recibió muy cordialmente, halagándolo como buen vasallo y concediéndole por ello el quinto del botín, que en condiciones normales hubiera correspondido al líder. Pero Minaya, tras agradecerle el ofrecimiento, respondió de una manera solemne a su señor rechazando el don:

*«...a Dios lo prometo, a Aquel que está en alto,
fata que yo me pague sobre mio buen cavallo
lidiando con moros en el campo,
que enpleye la lança e al espada meta mano
e por el cobdo ayuso la sangre destellando
ante Ruy Díaz el lidiador contado,
non prendré de vós quanto vale un dinero malo...»⁶⁰.*

Queda totalmente claro que el poeta entendía que la única operación militar que posibilitaba la honra y el cobro de la ganancia a un caballero de la talla de Álvar Fáñez era la batalla campal. Acababa de regresar Minaya de una cabalgada ejecutada con gran éxito, en un momento en el que la hueste cidiana tenía necesidades logísticas que vendrían a solucionarse con la ganancia conseguida por él, pero no era suficiente para ser siquiera merecedor de «...*quanto vale un dinero malo...*». Era necesario, para ser digno de reconocimiento y ganancia material, implicarse en una batalla, matando «*moros*» y empleando los elementos propios del caballero (caballo, espada y lanza). Esa oportunidad le llegaría a Minaya más adelante, en el ficticio combate contra Fariz y Galve, cuando sus deseos se cumplirían uno a uno. En aquella batalla, la primera de cierta envergadura relatada por el *Poema*, a Álvar Fáñez —evocaba el poeta—, «...*matáronle el cavallo...*», lo que no fue óbice para que continuara combatiendo: «...*La lança á quebrada, al espada metió mano, maguer de pie buenos golpes va dando...*»⁶¹, a ojo del Campeador, como él deseaba

⁶⁰ *Poema de Mío Cid*, vv. 497-503.

⁶¹ IBÍDEM, vv.745-746. El poeta utilizó para relatar una batalla inventada una cantidad de versos asombrosa, desde el 665 (momento en el que el Cid decide combatir a Fariz y Galve) hasta el 777 (huída de los dos reyes musulmanes). Sobre la batalla contra Fariz y Galve véase OLIVER PÉREZ, Dolores: «Las batallas del Cantar de Mío Cid desde la perspectiva de la historiografía árabe», en *Revista de Historia Militar*, 73, 1992, pp.35-37. La autora considera como batallas la toma de Castejón y la de Alcocer. Pero Minaya parece no darse por satisfecho hasta la lucha contra Fariz y Galve, a pesar de que en la toma de Alcocer supuestamente también habría matado moros como era su deseo, empleando espada, lanza y caballo y bajo la mirada del Cid (vv. 570-610). Esa toma de Alcocer no sería considerada «batalla» por el poeta, sino «maña» o «arranca-

cuando pronunció su voto solemne —... *Violo Mio Çid Ruy Díaz el castellano...*»⁶², quien se sentía verdaderamente servido por sus acciones⁶³. Al final de la batalla Álvar Fáñez había alcanzado con creces sus anhelos anteriores:

*«...A Minaya Álbar Fáñez bien l'anda el cavallo,
d' aquestos moros mató treinta e quatro,
espada taiador, sangriento trae el braço,
por el cobdo ayuso la sangre destellando...».*

Todo lo cual sería motivo para que el caballero le dijera a su señor: «...*agora so pagado...*»⁶⁴. Por tanto, la batalla campal es percibida en el *Poema* como la más grandiosa de las operaciones bélicas, la que mayor

da», hecho que no pasa por alto Dolores Oliver. Entonces cabría preguntarse si a dicho poeta le merecerían la misma consideración la toma de Alcocer y la batalla contra Fariz y Galve. Parece claro que no por los razonamientos expuestos más arriba. Sobre la «batalla» de Alcocer véase de la misma autora «Una nueva interpretación de la batalla de Alcocer», en *Revista de Historia Militar*, 74, 1993, donde la toma de Alcocer es considerada como episodio ficticio que el poeta inventa para engrandecer la figura del héroe, p.25.

⁶² *Poema de Mio Cid*, v. 748.

⁶³ IBÍDEM, El Cid mata a un alguacil moro y le da su caballo a Minaya (vv.749-752), momento en el que le dice a su «diestro brazo»: «... ¡Cavalgad, Minaya, vós sodes mi diestro braço! / Oy en este día de vós abré grand bando;...», vv. 753-754.

⁶⁴ *Poema de Mio Cid*, vv. 778-782. Esta es una visión épica del caballero cristiano embadurnado de sangre de moros que se repite en alguna ocasión más. Sirva de ejemplo la imagen que el poeta da del Cid combatiendo en la batalla contra Yúcef: «...*Mio Çid empleó la lança al espada metió mano, / atantos mata de moros que non fueron contados, / por el cobdo ayuso la sangre destellando.*», vv.1722-1725. O la del propio Alvar Fáñez tras la batalla contra Bucar: «...*por el cobdo ayuso la sangre destellando, / de veinte arriba ha moros matado...*», (vv. 2453-2454). Sangre y miembros amputados son motivos que nos recuerdan el carácter épico de la gesta cidiana y ponen de relieve el interés que despertarían en el auditorio tales recreaciones. Al relatar los compases finales de la batalla contra Búcar, por ejemplo, el poeta ilustraba la masacre de musulmanes diciendo: «...*tanto braço con loriga veriedes caer apart, / tantas cabeças con yelmos que por el campo caen...*», vv. 2404-2405. El propio Campeador será retratado matando a Bucar mediante un mandoble de espada tan brutal y espectacular como fantasioso: «...*arriba alçó Colada, un grant golpe dádol ha, / las carbonclas del yelmo tollidas ge la[s] ha, / cortól el yelmo e, librado todo lo ál, / fata la çintura el espada llegado ha...*», (vv. 2421-2425). No obstante, hay algún autor que considera que la espada de la época de Ricardo Corazón de León, que se utilizaría más para cortar que para pinchar, «...*podría seccionar de un solo golpe (si la fuerza del brazo del caballero lo permite) el cuello de un jumento incluso el tronco de un hombre...*», en FLORI, Jean: *Ricardo Corazón de León. El rey cruzado*. Barcelona, 2002, p. 303. No es frecuente que otro tipo de relatos medievales castellano-leoneses, crónicas especialmente, describan con ese detallismo heridas tan impresionantes. Cuando lo hacen —y es refiriéndose a heridas menores— es al relatar episodios donde se funden realidad y fantasía «*caballeresca*». Ejemplo de lo que decimos lo constituye Rodrigo Jiménez de Rada, que debió escribir su obra a mediados del siglo XIII. El arzobispo habla al menos en dos ocasiones de caballeros cristianos que sufrieron amputaciones de brazos o pies en el fragor de la batalla, pero éstos son unos relatos sobre acontecimientos pasados y semilegendarios, presentados a través del prisma deformante de la abnegación caballeresca de tales caballeros heridos. Son las narraciones de la batalla de Uclés (1108) en la

honra proporciona al caballero, el escenario en el que este puede mostrar todas sus habilidades y destrezas militares.

Como apuntábamos con anterioridad recordando el ejemplo de Minaya, el autor del *Poema* consideraba también que el choque campal era la operación primordial para el cobro de la ganancia material. Incidió sobre la misma idea al narrar los prolegómenos del enfrentamiento contra Yucef. Evocaba que, una vez conquistada Valencia, al verse cercado por Yucef, el Cid se dirigió a su mujer e hijas temerosas para intentar disipar su miedo. Nada más tranquilizador que asegurar que vencería en la batalla. En esos momentos inciertos el Campeador, no obstante, se mostraba contento, ya que le verían luchar su mujer e hijas, y porque estas verían «...cómmo se gana el pan...»⁶⁵. Entendía el poeta por tanto que el guerrero se ganaba el pan batiéndose en lides campales, que serían valoradas como paradigma de la guerra. Parece como si la batalla simbolizara todo el conjunto de operaciones militares que podía ejecutar un líder militar, como si por su grandeza eclipsara al resto, incluso de cara a la consecución de riqueza, cuando en otras ocasiones el poeta –como vimos– había concebido la cabalgada como actividad esencial para la obtención de botín y el cobro de parias.

Pero el anónimo poeta también valoró la batalla en varias ocasiones como la mejor oportunidad que tenía el héroe para conseguir honra. Las palabras de Minaya en la embajada dirigida al rey Alfonso constituyen un ejemplo claro en este sentido. En ese discurso, el vasallo cidiano le comunicaba al rey que su señor había conquistado Valencia y una serie de fortalezas aledañas, «...e fizo çinco lides campales, e todas las arrancó...»⁶⁶. De una manera similar, tras vencer el Cid al conde Berenguer en el pinar de Tévar, el poeta expresó que el Campeador «...Í bençió esta batalla por ó ondró su barba...»⁶⁷.

que García Ordóñez defendió con bravura al infante Sancho hasta que, al serle amputado un pie, no pudo resistir más y se echó sobre el infante niño para morir antes que él. El otro relato es el de la batalla de Candespina (1111), en el contexto de la guerra entre Urraca y Alfonso el Batallador, en la que, a pesar de la derrota, un caballero de la casa de Olea sostenía el estandarte con los brazos, pues había perdido las manos, al grito de «*Oleam, Oleam*». En JIMÉNEZ DE RADA, Rodrigo: «Historia de Rebus Hispaniae Sive Historia Gótica», cvra et studio Juan FERNÁNDEZ VALVERDE, en *Corpus Christianorum, Continuatio Mediaevalis*, LXXII, Tvrnholti, 1987, Liber VI, cap. XXXII, pp. 216-217 y Liber VII, cap. II, pp. 221-222, respectivamente.

⁶⁵ *Poema de Mio Cid*, vv. 1641-1643.

⁶⁶ IBÍDEM, v. 1333.

⁶⁷ IBÍDEM, v. 1011. Sobre el concepto de honra en el *Poema* véase CORREA, Gustavo: «El tema de la honra en el «Poema de Mio Cid»», en *Hispanic Review*, vol. XX, July, 1952, number 3, pp. 185-199. Del mismo modo que la batalla era la operación más idónea –según el *Poema*– para que el caballero alcanzase honra, sería al mismo tiempo el escenario de la deshonra, cobardía e indignidad de los antihéroes de la gesta, los infantes de Carrión. Es en la batalla contra Búcar donde el poeta pondría de manifiesto el comportamiento cobarde de los infantes, constituyendo, junto al episodio del león, los motivos esenciales que los llevaron a realizar la afrenta de Corpes.

Estos serían algunos de los motivos por los que la batalla es considerada la más importante forma de lucha en la gesta cidiana. Las propias palabras del poeta ilustran sus inclinaciones, como vimos, y una lectura rápida del *Poema* da idea de ello. Algunas batallas, como las mantenidas con Búcar y Yúcef, alcanzan unos desarrollos muy extensos, lo cual no debe extrañar si se piensa que esta composición épica iría dirigida a guerreros⁶⁸, que se sentirían atraídos por recreaciones idealizadas, distorsionadas, por «...*imágenes elaboradas para el consumo interno de una clase guerrera, en las que la élite social aparecía representada actuando tal como hubiera deseado si la realidad de la guerra no fuera muy diferente...*»⁶⁹.

Pero aparte de ese interés «idealizante», completamente normal en un cantar de gesta, también tenemos que tener en cuenta que el poeta quería destacar una faceta guerrera del Cid que en vida le había caracterizado: la de «*vencedor de batallas*» o «*Señor del Campo de Batalla*» (*Campidoctor*), y que le había otorgado una fama perdurable. Quizás comprenderíamos un poco mejor esa significación que el *Poema* otorgó a la batalla y al carácter de «*lidiador*» del protagonista, si rastreásemos las percepciones que en este sentido se contienen en los escritos coetáneos al personaje histórico.

Si tuviéramos que juzgar cuáles fueron los mayores logros militares de Rodrigo Díaz, lo tendríamos claro: la conquista de Valencia y sus victorias en campo abierto. En buena medida, el carácter mítico del Cid se construye a partir de sus éxitos en operaciones arriesgadas, inciertas, peligrosas, como eran las batallas campales. Y es que Rodrigo Díaz derrotó batallando a tropas cristianas –como las del conde Berenguer de Barcelona en Almenar⁷⁰ (1082) y Tévar (1090), o las de García Ordóñez en Cabra (1079)– y musulmanas –en el Cuarte (1094) y Bairén (1097)–⁷¹. Además, fue el único dirigente militar cristiano capaz de vencer a los almorávides en campo abierto en los primeros años de la invasión, cuando los norteafricanos habrían derrotado a Alfonso VI, el más poderoso monarca de la Península, en

⁶⁸ Alberto Montaner Frutos, compartiendo en gran parte las ideas de María Eugenia Lacarra (*El Poema de Mío Cid*. *Realidad histórica e ideología*, Madrid, 1980), considera que el *Poema* estaría dirigido al sector social de la baja nobleza de frontera, que tendría en la guerra uno de sus principales vehículos de enriquecimiento y ascenso social; véase *El Cid: mito y símbolo*, esp. pp. 144-178. Véase también MORETA VELAYOS, *Y el héroe tascó la hierba*, p. 31 y ss.

⁶⁹ GARCÍA FITZ, Francisco: «¿Hubo estrategia en la Edad Media? A propósito de las relaciones castellano-musulmanas durante la segunda mitad del siglo XIII», en *Revista da Faculdade de Letras de Porto*, História, Série II, vol. XV, 1998, p. 842.

⁷⁰ *Historia Roderici*, epígrafes 15 y 16.

⁷¹ Contamos sólo aquellas batallas más importantes en las que Rodrigo actuó como comandante de sus tropas. No serían las únicas batallas en las que estuvo presente, ya que al parecer participaría en Llantada, Golpejera y Graus, actuando en todas ellas como vasallo de algún monarca; ver *Historia Roderici*, epígrafes 4 y 5.

1086 en la llanura de Zalaca, o en 1097 en Consuegra. El número de batallas en las que estuvo presente Rodrigo, bien como dirigente de su propia hueste o bien como vasallo, sería desmesurado para lo que fue normal en esta época, y en algunas ocasiones el guerrero de Vivar, lejos de eludir tales confrontaciones –como solía ser habitual–, las buscó expresamente para solucionar problemas distintos. Las palabras de García Fitz resultan esclarecedoras en este sentido: «...*la figura del Cid representa un caso anómalo, y no sólo porque a lo largo de su vida aparecerá envuelto en un número importante de batallas, sino también porque en ocasiones no dudará, en contra de las convenciones bélicas más extendidas, en buscar expresamente este tipo de operaciones, incluso en situaciones un tanto comprometidas...*»⁷².

No extraña por ello que la figura de Rodrigo fuera elogiada ya desde el mismo momento de su vida y que más tarde, posiblemente a finales del siglo XII o principios del XIII, el anónimo autor del *Poema* otorgara una importancia tan relevante a esa faceta de «*Campeador*», de «*Señor del Campo de Batalla*», en definitiva, de «*vencedor de batallas*». Y es que guerrear en llano, por su peligrosidad, sería asociado ya en tiempos de Rodrigo a los valientes: el llano sería donde mejor podrían demostrarse las destrezas guerreras, donde no habría ventajas ni inconvenientes para ninguno de los contendientes aparte de sus propias capacidades y donde, por tanto, el valor sería la medida del guerrero.

Como era de esperar, ese carácter «*Campeador*» del Cid tiene una amplia representación a lo largo del *Cantar*. Son varias las ocasiones en las que el *Poema* nos presenta al héroe «*ganando el campo*», y es que ese sería el fin último de la batalla, hacerse con el dominio del escenario del combate, del «*campo*», que simbolizaría de manera evidente la victoria para el bando que hubiera conseguido permanecer en él y por lo tanto «*ganarlo*». A propósito de esta idea, Martín Alvira Cabrer –posiblemente el mejor conocedor de la batalla de las Navas de Tolosa–, considera que, desde un punto de vista antropológico, «...*la ocupación del terreno del combate era también el símbolo convencional de la victoria en todas las actividades bélicas medievales, incluidos los torneos*»⁷³.

Son varios los ejemplos contenidos en el *Poema* que ilustran esa idea de dominio del campo por parte de las huestes del «*Campeador*». Veamos

⁷² *El Cid y la guerra*, p. 390. Puede verse en este artículo un estudio sobre las principales batallas en las que se vio implicado Rodrigo Díaz, así como sobre su actitud hacia la batalla y las tácticas empleadas por él en este tipo de operaciones, pp. 390-402.

⁷³ ALVIRA CABRER, Martín: *Guerra e Ideología en la España Medieval*, I, p. 293.

alguno. En la primera de las batallas de cierta relevancia que relata el *Cantar*, contra las fuerzas de Fariz y Galve, aunque no se refleja de una manera clara esa acción de dominar el campo, si se trasluce que ése es el objetivo cuando, en plena lucha, el héroe dice a Minaya –para indicarle que no ha cesado el combate– «...*firmes son los moros, aún nos ´ van del campo...*»⁷⁴. Poco más adelante el poeta relata que el Cid hirió de gravedad a Fariz de un mandoble de espada, por lo que el general musulmán huiría al no ver otra alternativa, para lo que «...*bolvió la rrienda por írsele del campo...*», lo que significaría que la victoria ya estaba casi alcanzada pues, como continuaría el autor, por aquel golpe del héroe «...*rrancado es el fonsado...*» (derrotado es el ejército)⁷⁵. Estando asediados en Murviedro el Cid y sus hombres, tomada la decisión de batallar con los asediadores valencianos, Minaya –como es habitual en la composición– diseñó la táctica de ataque, gracias a la cual, según él, «...*commo fío por Dios, el campo nuestro será*»⁷⁶.

De una manera más gráfica y explícita, al dar cuenta de la victoria sobre las fuerzas del rey de Marruecos que habían acudido a recuperar Valencia, el poeta exponía que el Cid y sus vasallos no cabían en sí de gozo, porque «...*Dios les ovo merçed...*» y «...*vençieron el campo...*»⁷⁷. Poco más adelante –sigue relatando el poeta– el héroe se presentaría chorreando sangre enemiga y con Bavioca empapado en sudor ante su mujer e hijas, que habían presenciado la batalla desde las murallas de Valencia. En un gesto solemne, el Cid se arrodilló ante ellas diciendo que, mientras estaban allí, «...*yo vençí el campo...*», ya que «...*esto Dios se lo quiso con todos los sos sanctos...*»⁷⁸. Un último ejemplo que ilustra esa idea de que el dominio del campo era sinónimo de victoria lo encontramos en los prolegómenos del choque contra Búcar, la última gran batalla del héroe contra un poder musulmán. El poeta nos presenta una escena en la que el Campeador se dirige a sus yernos –los infantes de Carrión– y, con el fin de darles ánimos para la batalla, les conforta en tono profético, anunciando que «...*los moros, con Dios, non fincarán en el canpo...*»⁷⁹. Como acabamos de ver, el *Poema* no sólo perpetuó el mito del «*Campeador*», del «*Señor del Campo de Batalla*», sino que le dio un impulso fundamental, consolidándolo y engrandeciéndolo al mismo tiempo.

⁷⁴ *Poema de Mio Cid*, v. 755.

⁷⁵ IBÍDEM, vv. 763-764.

⁷⁶ IBÍDEM, v. 1133.

⁷⁷ IBÍDEM, vv. 1739-1740.

⁷⁸ IBÍDEM, vv. 1748-1750.

⁷⁹ IBÍDEM, v. 2353.

Pero no solo las batallas se celebraban en un «campo», también los torneos, y, como apuntaba Martín Alvira, hacerse con el dominio de ese «campo» también simbolizaba la victoria en ellos. Un ejemplo claro lo encontramos en el *Poema* a propósito de la narración de los compases finales del torneo judicial que enfrentó a dos hombres del Cid con los infantes de Carrión para vengar el ultraje deshonoroso de la afrenta de Corpes. Al herir Muño Gustioz al infante Asur González de una fuerte lanzada –relata el poeta–, Gonzalo Asúrez, padre del infante, suplicó a Muño que no le hiriera más, señal inequívoca de que ya consideraba perdida la lucha, y el poeta, por si no quedaba claro a su audiencia, apostilló: «...*Vencudo es el campo quando esto se acabó...*»⁸⁰.

Nos sirve esta idea para reflexionar sobre otro de los elementos de distorsión que pueden detectarse en la visión de la guerra –y más concretamente de la batalla– que muestra el *Poema de Mio Cid*. Ese elemento distorsionante consiste en retratar las batallas como si se tratara de torneos, a modo de suma de combates singulares individuales, en los que –a modo de fotogramas–⁸¹ los principales caballeros son representados ejecutando acciones y lances heroicos con sus armas y monturas, que bien podrían encajar en la descripción de los lances de los torneos del final de la composición. A su vez, esta idea nos da pie para profundizar en otra deformación interesada que sobre la guerra nos presenta el *Poema*, su visión «caballeresca» de la misma, una visión en la que no tuvieron cabida alguna los peones, dando con ello la sensación de que la guerra del periodo era un asunto de caballeros. Nada mejor que la recreación de torneos y batallas para focalizar la atención en ellos y en sus virtudes «caballerescas». La presentación por parte del *Poema* de las batallas a modo de torneos, como una suma de combates individuales, es algo que salta a la vista. En las recreaciones de batallas los principales caballeros, sobre todo el protagonista (el Cid Campeador) y el deuteragonista (Álvar Fañez), luchan contra un enemigo infiel⁸², utilizando una serie de símbolos claramente caballerescos como son la espada⁸³, la lanza⁸⁴, la arma-

⁸⁰ *Poema de Mio Cid*, vv. 3690-3691.

⁸¹ La idea gráfica de que las batallas del *Poema* son presentadas a modo de fotogramas es de MORETA VELAYOS, *Myo Çid el Campeador*, pp. 239 y ss. También aparece esta consideración en BELTRÁN, Luis: «Conflictos interiores y batallas campales en el *Poema de Mio Cid*», en *Hispania*, 61, 1978, pp. 235-244, esp. 239-240; en GÁRATE CÓRDOBA, *Introducción a la táctica del Cid*, p. 34, y en MICHAEL, Ian, *Poema de Mio Cid*, p. 237, nota explicativa de los versos 2398-99.

⁸² En la batalla contra el conde Berenguer no se reflejan las mismas escenas sangrientas que para las batallas con enemigos musulmanes, ¿prejuicios morales del autor?

dura⁸⁵, y sobre todo el caballo⁸⁶, constituyendo en su conjunto el equipo del caballero quizás el elemento material más definidor de la posición que éste ocuparía en la sociedad, debido, entre otras cosas, a que su elevado coste lo

⁸³ Véanse por ejemplo los versos 471, 500, 608, 746, 750, 756, 780, 790, 1722, 1745. Sobre la espada, Alberto Montaner, en *El Cid, mito y símbolo*, p. 218, consideraba que en la Edad Media ésta era «...el centro de la constelación esencial de los objetos míticos de los ciclos épicos, caballerescos y artúricos, equiparable a la maza o al arco hercúleo...». También sobre el carácter mítico y caballeresco de las espadas del Cid interesantes reflexiones en MORETA VELAYOS, *Myo Cid el Campeador*, pp. 246-248.

⁸⁴ La lanza es otro de los elementos que sirven para caracterizar a algunos de los caballeros cidianos, por ejemplo Álvaro Fáñez, que es, según el *Poema*, «...una fardida lança...», v. 489. La lanza sería considerada menos importante que la espada en la composición, de ahí que sea mencionada veintinueve veces a lo largo del *Cantar* frente a las cincuenta y ocho veces que es mencionada la espada; ver MONTANER FRUTOS, Alberto: *El Cid, mito y símbolo*, p. 286. Sin embargo la lanza es el arma «caballescica» por antonomasia, es la que verdaderamente define una nueva técnica de combate exclusivamente caballescica, la denominada «*lance couchee*». Jean Flori considera que la espada sería el sería el «...arma «caballescica» por excelencia, aunque menos específica de la caballería que la lanza...»; ver FLORI, Ricardo *Corazón de León*, p. 303. Esa nueva técnica, en la que caballo, lanza y caballero forman un conjunto, un proyectil humano, tendría una importancia trascendental en la representación ideológica de la caballería. Esa esgrima de la lanza se convertirá a lo largo del siglo XII en una de las señas de identidad más idiosincrásicas de la caballería. Jean-Louis Kupper, en *Chevalerie et croisade. Sur l'oeuvre de Jean Flori, Le Moyen Age*, vol. 107, n° 2, 2001, pp. 321-327, esp. pp. 322-323, nos ilustra en este sentido al considerar que «...l'esgrime à la lance devient, dans le courant du XII^e siècle, une technique exclusivement «chevaleresque», réservée, à la cavalerie d'élite. Cette méthode révolutionnaire de combat contribua largement au développement d'une mentalité nouvelle, fondement d'une «idéologie chevaleresque»: conscience de la supériorité, recherche de la renommée et de la gloire, sens de l'honneur –entre gens d'élite on s'efforce de gagner...». El propio *Poema*, en vv. 2393 a 2395, nos muestra al Campeador desarrollando esa técnica de combate, por ejemplo en la batalla contra Búcar: «...embraçó el escudo e abaxó el asta, / aguijó a Baviaca, el cavallo que bien anda, / ívalos ferir de corazón e de alma...». Sobre el origen y difusión de esa táctica de la «*lance couchee*» véase por ejemplo FLORI, *Caballeros y Caballería en la Edad Media*, pp. 97 y ss.; KEEN, Maurice: *La Caballería*. Barcelona, 1986, pp. 40 y ss.

⁸⁵ Sobre todo loriga y yelmo. Las lorigas de los caballeros cidianos suelen ser presentadas en el *Poema* como impenetrables, capaces de recibir todo tipo de golpes enemigos sin «falsarse» u oradarse. Un ejemplo de ello es el de la armadura de Pero Bermúdez en la batalla contra Fariz y Galve, a quien a pesar de que los enemigos le daban «grandes golpes», no le podían «falsar», v. 713. Otro nos lo proporciona la representación del obispo Jerónimo rodeado de «moros» y recibiendo golpes a mansalva que, sin embargo, «*nol' falsan las armas*», vv. 2391 a 2392. Unas interesantes reflexiones sobre la efectividad del armamento defensivo de los caballeros anglonormandos de los siglos XI al XIII en STRICKLAND, Matthew: *War and Chivalry*, pp. 169-176.

⁸⁶ El caballo es un elemento con una carga simbólica muy grande a lo largo de todo el *Poema*. Símbolo caballescico por antonomasia, el caballo es en el *Cantar* la parte más importante del botín, lo que hace que sea siempre el presente que es enviado al rey después de cada batalla. Un análisis de las implicaciones simbólicas del caballo en el *Poema* en MONTANER FRUTOS: *El Cid, mito y símbolo*, pp. 283-286. Un interesante estudio sobre el papel que tendría el caballo en la guerra de este periodo es el de BENNETT, Matthew: «The Medieval Warhorse Reconsidered», en *Medieval Knighthood. Papers from the Sixth Strawberry Hill Conference (1994)*, ed. by S. Church and R. Harvey, Woodbridge, 1995, pp.19-40, donde el autor rompe con una serie de tópicos sobre las funciones del caballo en la guerra, considerando, por ejemplo, que serían empleados más para el transporte que para la lucha en sí, p. 31.

haría inaccesible para la mayoría de los guerreros⁸⁷. Según Andrew Ayton, la generalización del torneo a partir de principios del siglo XII le daría a los caballeros la oportunidad de verse representados de una manera que deseaban, monopolizando el protagonismo guerrero, ya que era en los torneos donde más podía brillar el empleo de un equipo tan costoso, de una seña de identidad caballerescas tan evidente. Según este autor, el torneo proporcionaría al caballero la oportunidad de ejecutar lances con espada, lanza y caballo, de forjar una reputación en base a un tipo de lucha que nada tendría que ver con la realidad bélica de la época⁸⁸.

Es en este sentido como tenemos que entender las representaciones de las batallas que nos ofreció el *Poema de Mío Cid*. Esas recreaciones serían los escenarios donde mejor podía un poeta mostrar a los caballeros, a quienes dirigía su composición, las grandezas de su grupo social. Esas imágenes distorsionadas hay que contemplarlas, además, desde otro punto de vista. En este tipo de figuraciones es donde el poeta mejor pudo resaltar las virtudes caballerescas del Cid y de sus principales caballeros. Valor, fidelidad, abnegación, fortaleza serían virtudes de un código caballeresco todavía no escrito, susceptibles de ser asociadas a los héroes en los lances de las batallas o torneos mejor que en cualquier otro tipo de operación militar, y que junto al equipo militar conformarían otra seña de identidad de grupo⁸⁹. Los vasallos del Cid en el *Poema* son valientes, fieles, esforzados, abnegados⁹⁰, especialmente en los choques campales. La batalla contra Búcar, por ejemplo, muestra a unos caballeros cidianos (Pedro Bermúdez, Alvar Fáñez y el obispo Jerónimo) valerosos, en contraste con los cobardes infantes de Carrión⁹¹. Al mismo tiempo, las batallas permitieron al poeta representar al héroe como encarnación de la virtud también caballerescas de la largueza, manifestándose esta principalmente en los repartos de botines conseguidos tras los choques. Junto con la exaltación de la

⁸⁷ Sobre ello puede consultarse el sugerente artículo de AYTON, Andrew: «Arms, armour and horses», en *Medieval Warfare, a History*, ed. by Maurice Keen, Oxford University Press, 1999, pp. 186-208.

⁸⁸ IBÍDEM, esp. pp.188-189.

⁸⁹ Sobre las virtudes caballerescas véase, por ejemplo, STRICKLAND, *War and Chivalry*, passim.; KEEN, Maurice: *La Caballería*, p. 38 y ss.; KAEUPER, Richard W.: *Chivalry and Violence in Medieval Europe*. New York, 2001, passim; BARBER, Richard: *The Knight and Chivalry*. Woodbridge, 1995, esp. 47-132, o FLORI: *La chevalerie en France au Moyen Age*. Paris, 1995, pp. 88 y ss.; *Caballeros y caballería en la Edad Media*, pp. 235 a 263 y *Ricardo Corazón de León*, pp. 382 y ss.; y ALVIRA CABRER, *Guerra e Ideología*, pp. 322-342, y su reciente *El Jueves de Muret*, pp. 416-498.

⁹⁰ MONTANER FRUTOS, *El Cid, mito y símbolo*, p. 251. Este autor, al caracterizar las virtudes y defectos de los personajes del *Cantar*, considera que los caballeros del Cid encarnan tres virtudes fundamentales, el valor, la abnegación y la fidelidad, pp. 270-271.

⁹¹ *Poema de Mío Cid*, vv. 2315 y ss.

ganancia obtenida en la lucha se destaca la prodigalidad de un caudillo que es capaz de renunciar al quinto que le pertenecería por derecho para ofrecérselo a su mejor caballero⁹². No obstante, el poeta intentó dejar claro en alguna ocasión que a aquéllos que fielmente seguían al Cid no les movía precisamente el dinero. Ejemplo de lo que decimos sería cuando el poeta decía que tras tomar Castejón «...*sos caballeros llegan con la ganancia...*», y se la entregaron a «Mio Çid» porque «...*todo esto non preçian nada...*»⁹³. El propio Minaya, como veíamos, rechaza la ganancia que su líder le ofrece, dejando claro que sus motivaciones serían más morales que materiales.

¿Encarnó el personaje histórico alguna de estas virtudes? Para comprobarlo tenemos que recurrir a la *Historia Roderici* principalmente, aunque también nos servirán algunas informaciones contenidas en las fuentes musulmanas coetáneas, pero por desgracia no la versión de Ibn Alqama recogida por las crónicas alfonsinas, ya que de alguna manera serían reflejo ideológico y mental de quienes las elaboraron, visión que coincidiría en no pocos aspectos con la del autor del *Poema*. Entonces, ¿fueron tan fieles, valerosos y abnegados los guerreros del Cid histórico como lo son en el *Poema*? ¿Y fue Rodrigo Díaz una encarnación de la largueza? Y si así fue, ¿por qué? Aunque de una manera desigual, la *Historia Roderici* y algunos relatos musulmanes nos dan algunas respuestas a estas preguntas. Veamos.

Como decíamos con anterioridad, la fidelidad y la abnegación eran dos cualidades definitorias de los vasallos del Cid del *Poema*. Esa fidelidad al líder va creciendo a lo largo del relato al mismo tiempo que se incrementa el número de guerreros que se suman a sus filas. El Cid del *Poema* es presentado como ejemplo de capacidad de cohesión de sus hombres en torno a su figura, sin aparecer en ningún momento disidencias ni deserciones en su hueste⁹⁴. Pues bien, según la *Historia Roderici* esto no fue así en vida del caballero castellano.

⁹² Tras la toma de Castejón, al regresar Minaya con la expedición que había devastado y saqueado el valle del Henares, vv. 490-505. Podemos señalar, por citar un solo ejemplo de la largueza del héroe a la hora de repartir el botín, el caso de la batalla contra Fariz y Galve, tras la cual el poeta narra que «...*Grant á el gozo Mio Çid con todos sos vassallos, / dio a partir estos dineros e estos averes largos; en la su quinta al Çid caen çiento cavallos, / ¡Dios, qué bien pagó a todos sus vassallos, / a los peones e a los encavalgados! / Bien lo aguisa el que en buena ora nasco, / cuántos él trae todos son pagados...*», vv. 803-809.

⁹³ vv. 474-475.

⁹⁴ Los versos 1249-1260 podrían contradecirnos en este sentido. En ellos se insinúa que, tras la conquista de Valencia y el cobro de la ganancia, algunos guerreros abandonan las filas del Campeador. En los citados versos Minaya recomienda a Rodrigo obligar a besarle la mano a quienes quisieran marcharse. Con este besamanos cesaría el vínculo vasallático y el abandono no sería considerado deserción. A nosotros, estos versos se nos antojan una reflexión propagandística que el autor hace para recalcar al auditorio la importancia de los vínculos que unen a vasallo y señor y el castigo (ahorcamiento y desposesión) que podía esperarle a quien rompiera ese vínculo de manera arbitraria, más que un reflejo de deserción en sí.

La expedición de 1091 contra Granada nos proporciona un ejemplo de desertión de caballeros de la hueste del Campeador. En el contexto de un enfrentamiento entre el rey Alfonso y Rodrigo, el autor de la *Historia Roderici* nos dice que en Úbeda «...muchos de sus caballeros dejaron a Rodrigo y se pasaron al campamento del rey...», lo que a todas luces era una desertión en masa, ya que esos caballeros cidianos «...abandonando a Rodrigo, su señor, entraron al servicio del rey...»⁹⁵.

No es ni por asomo ésta la imagen del Cid del *Poema*, ni la de sus fieles vasallos que no le abandonan a pesar de haber sido desterrado por el rey al principio del cantar primero. Como cualquier líder militar de este periodo, las malas coyunturas, los malos momentos, en ocasiones tendrían como consecuencia el abandono de su hueste de muchos caballeros que verían la posibilidad de colmar mejor sus expectativas sirviendo a otro señor. Rodrigo Díaz, por su particular situación –desterrado por dos veces, con un grado de autonomía de acción tan marcado, y con un modo de vida tan dependiente del éxito militar que le permitiera disponer de botín y tributos–, estaría aún más expuesto a que su hueste decreciera en momentos determinados.

Y en cuanto a la largueza cidiana que refleja el *Poema*, ¿se hicieron eco de ella las fuentes «históricas» más cercanas a Rodrigo Díaz? En principio sí, pero hay que destacar que en el siglo XI ese comportamiento generoso del líder con sus hombres no tendría un sentido caballeresco como en el *Poema*; más bien respondería a motivaciones pragmáticas como la de dar cohesión a la hueste y acrecentar su número⁹⁶. Esas motivaciones prácticas, sin embargo, también fueron manifestadas de alguna manera por el *Poema*. Así, relataba que asediando Valencia muchos guerreros se incorporarían al servicio del Cid «...al sabor de la ganancia...»⁹⁷. En ese mismo sentido justificaba el historiador andalusí Ibn al-Kardabus el servicio que prestaron a Rodrigo Díaz durante el cerco de Valencia algunos musulmanes tornadizos

⁹⁵ *Historia Roderici*, epígrafes 44 y 45. Para el contexto de estos acontecimientos véase MARTÍNEZ DÍEZ, pp. 228-232.

⁹⁶ La largueza sería según D. Boutet un elemento fundamental en la ideología indoeuropea, constituyendo una expresión del poder real. La aristocracia se interesaría por asimilar esa conducta a lo largo del siglo XII y la incorporaría a su código de valores; ver BOUTET, D.: *Sur l'origine et le sens de la larguesse arthurienne, Le Moyen Age*. T. 89, t. 3-4, 1983, pp. 397 a 411. Jean Flori, quien cita este artículo, resaltaba la importante función cohesionadora que tendría la largueza en ese mismo siglo; ver FLORI, Jean: *Aristocratie et Valeurs «chevaleresques» dans la seconde moitié du XII^e siècle. L'exemple des lais de Marie de France, Le Moyen Age*, t. XCVI, t. 4, 1990, pp. 35-65, esp. pp. 58-63 (la cita a Boutet en p. 59).

⁹⁷ *Poema de Mio Cid*, v. 1198. Otro ejemplo gráfico de largueza es el reparto que efectúa el héroe tras la venta del castillo de Alcocer: «... ¡qué bien pagó a sus vassallos mismos! / A cavalleros e a peones fechos los ha rricos, / en todos los sos non fallariedes un mesquino; / qui a buen señor sirve siempre bive en deliçio...», vv. 845-850.

sin escrúpulos. Esos «dawair» contribuyeron a sembrar el pánico en Valencia con sus acciones salvajes, a cambio de ganancias obtenidas mediante canje de cautivos, en definitiva servicio a cambio de ganancia material⁹⁸. La Historia también reflejaría esa generosidad cidiana con sus hombres en alguna ocasión, no en tantas y no tan «caballerescamente», hay que decirlo, como lo haría el *Poema*. Así, da cuenta de que, asediando el castillo de Liria en 1091, Rodrigo «...*militibus suis stipendia largissima distribuit...*»⁹⁹. Poco después de haber tomado Valencia, el Cid atacó y tomó el castillo cercano de Olocau, en el que encontró el tesoro que había escondido Al-Qadir, tesoro que «...*cum suis bona fide diuisit...*»¹⁰⁰.

Retomando la idea de que la visión de la guerra que dio el *Poema* fue una visión caballeresca, hay que referirse a ese otro elemento de distorsión al que aludíamos más arriba, al papel irrelevante, casi inexistente, que el anónimo poeta otorgó a la infantería, a los peones, en la imagen de la guerra que nos dejó. Esta realidad hay que enmarcarla dentro del panorama general de la representación de la guerra en la Edad Media. Andrew Ayton –en su estudio sobre el equipo del caballero– afirmaba que, si una imagen había caracterizado a la guerra medieval, ésa era la del guerrero acorazado a caballo. Esa figuración se plasmó abundantemente en las representaciones iconográficas de catedrales y miniaturas, y también en los relatos de las crónicas. Esas fuentes artísticas y literarias, producidas por y para la aristocracia «...*ofrecen una imagen idealizada de la guerra que concentra su atención en el papel del guerrero aristocrático casi excluyendo a otros grupos participantes bastante más numerosos...*». Por encima de esa visión –continuaba Ayton–, la realidad de la guerra pudo ser muy diferente, ya que la disciplinada y resolutiva infantería demostró, en bastantes ocasiones, ser mayor y mejor en la batalla que la caballería pesada. Además, los peones asumirían un papel muy importante en los cercos, que de una manera muy velada puede detectarse en las fuentes¹⁰¹. En este sentido García Fitz consideraba que las fuentes cronísticas de la época –al narrar batallas– tendían a «...*centrar su atención sobre los caballeros armados (...), marginando el papel que pudieran haber jugado otros componentes de las huestes, como arqueros, infantes o incluso otras fuerzas montadas de origen social distinto al de la caballe-*

⁹⁸ IBN AL-KARDABUS, *Historia de al-Andalus*, pp. 128-129.

⁹⁹ *Historia Roderici*, epígrafe 43, p. 78.

¹⁰⁰ IBÍDEM, epígrafe 69, p. 89.

¹⁰¹ AYTON, *Arms, armour and horses*, p. 186. (la traducción es nuestra). Sobre el papel de la infantería en la guerra durante la Plena Edad Media véase MORILLO, Stephen: «The «Age of Cavalry» revisited», en *The Circle of War in the Middle Ages. Essays on Medieval Military and Naval History*, edited by Donald J. Kagay and L. J. Andrew Villalón, Woodbridge, 1999, pp. 45-58.

ría feudal...». De una manera clara consideraba las motivaciones que llevarían a esa representación de la guerra: «...La sombra de la división trifuncional de la sociedad, en la que el papel defensivo corresponde con exclusividad a un grupo humano que se identifica, desde el punto de vista táctico, con la caballería pesada, parece plasmarse en la mentalidad de unos narradores que desprecian las tareas militares de otros guerreros que, por su condición social, no pertenecen al grupo de los bellatores...»¹⁰².

El *Poema de Mío Cid* ofrecería una imagen de la guerra y la batalla acorde con esas coordenadas señaladas por Ayton y García Fitz: papel indiscutible de la caballería pesada e insignificante de la infantería. Basta con señalar que los peones no son mencionados en la composición más de cinco veces, y cuando se hace es para atribuirles funciones completamente irrelevantes, nada decisivas para la resolución final de los enfrentamientos. Ejemplo de ello sería la misión de guardar la puerta de Alcocer encomendada a dos peones mientras el resto de la hueste salía a batallar contra Fariz y Galve¹⁰³.

Los peones son mencionados en alguna ocasión por el poeta cuando habla del reparto del botín, del que disfrutarían percibiendo justamente la mitad que los caballeros, como tras la toma de Castejón y el regreso de Minaya de la cabalgada por el Henares, cuando el Campeador entrega cien marcos de plata a cada caballero «...e a los peones la meatad sin falla...»¹⁰⁴. En medio de este panorama de marginación de los peones por parte del *Poema* hay una curiosa referencia que nos sorprende. Y es que en una ocasión, muy al principio de la composición, el poeta destacó el valor de las peonadas al ilustrar el recuento de tropas que hacía el Cid justo en el momento de partir de Castilla: «...sin las peonadas e omnes valientes que son...»¹⁰⁵. De una forma gráfica, el poeta dejó constancia de la participación de los peones en la campaña valenciana. Al exaltar la ganancia conseguida con la toma de la ciudad, decía que «...los que fueron a pie caballeros se fazen...»¹⁰⁶, individuos que consiguieron ascender de categoría social

¹⁰² GARCÍA FITZ, *Castilla y León frente al Islam*, p. 375; para esto véase también del mismo autor «La guerra en la obra de don Juan Manuel», en *Estudios sobre Málaga y el Reino de Granada en el V Centenario de la Conquista*, ed. por José Enrique López de Coca Castañer, Málaga, 1987, pp. 55-72, esp. 71-72.

¹⁰³ *Poema de Mío Cid*, vv. 685-686: «...Todos iscamos fuera que nadi non rrate / sinon dos peones solos por la puerta guardar...».

¹⁰⁴ IBÍDEM, v. 514. En otra ocasión, tras la derrota a Fariz y Galve, el anónimo autor expresó que el Cid «...¡Dios que bien pagó a todos sus vassallos, / e a los peones e a los encavalgados...» (vv. 806-807).

¹⁰⁵ *Poema de Mío Cid*, v. 418.

¹⁰⁶ IBÍDEM, v. 1213.

y militar gracias a la ganancia, al botín que les correspondía por esa participación en la campaña. Pero de todas maneras estas serían referencias aisladas, ya que quien verdaderamente goza de protagonismo en los relatos del *Cantar* son los caballeros, en los que –al igual que en las batallas– el anónimo autor centró el grueso de su atención.

¿Fue tan insignificante el papel de los peones en las huestes y operaciones del Cid histórico? Parece claro que no. Si los verdaderos logros estratégicos los consiguió Rodrigo Díaz en base a las cabalgadas devastadoras y la toma y control de puntos fuertes, puede deducirse fácilmente que la labor de los peones debió ser fundamental. Aunque las fuentes más cercanas al personaje real centrarían también su atención de manera preferente en los caballeros, el relato de las operaciones y alguna referencia aislada nos permiten constatar esa realidad. Gracias a los peones, por ejemplo, el Cid podría devastar los contornos de Valencia, y como decía el poeta «*tollerles el pan*» durante dos años, ya que en la guerra de devastaciones las labores de tala y siega serían realizadas por individuos a pie, cumpliendo los caballeros funciones pasivas de protección y vigilancia. Rodrigo necesitaría gente a pie, por ejemplo, cuando estuvo establecido una temporada en la taifa de Zaragoza y –según la *Historia Roderici*– «...*recogió las cosechas y vendimió en provecho propio todas las viñas de aquella región que no estaban sometidas a Musta ín...*»¹⁰⁷. También ante Valencia los peones desa-

¹⁰⁷ *Historia Roderici*, epígrafe 52, p. 27 de la traducción de Emma Falqué.; p. 83 de la ed. latina. Los relatos cidianos no nos proporcionan ejemplos claros en este sentido, pero podríamos recordar unas acciones que medio siglo antes de la conquista de Valencia por el Cid ilustrarían un modo de actuar bastante frecuente en el tipo de guerra que se haría en el periodo. Ibn Idari, al relatar los enfrentamientos que en la década de los cuarenta del siglo XI se produjeron entre las taifas de Toledo y Zaragoza, apoyadas cada una de ellas por distintos poderes cristianos, nos ofrece relación detallada de uno de los servicios que los hijos de Sancho el Mayor hicieron a al-Mamun contra su enemigo Sulayman Ibn Hud de Zaragoza. Nos cuenta el siempre bien documentado historiador musulmán que los hijos de Sancho penetraron en territorio zaragozano y que Ibn Hud y los suyos no hicieron otra cosa que refugiarse en sus castillos. Entonces empezó el verdadero daño de aquellos guerreros cristianos: «...*Era el tiempo de la siega, entonces los politeístas se establecieron en su llanura con carácter permanente. Reunieron en ella a sus [siervos] no árabes para la siega y el acarreo rápido por espacio de dos meses completos, hasta recoger todo lo que había en ella, segando, trillando y acarreando (el grano) a su país. Mientras los musulmanes los veían y no eran capaces de impedirlo...*». IBN IDARI: *La caída del Califato de Córdoba y los Reyes de Taifas (al-Bayan al-Mugrib)*, estudio, traducción y notas de F. Mailló Salgado, Salamanca, 1993, pp.230-231. En estas labores de erosión, el papel de la caballería sería el de proteger a los cosechadores, la verdadera acción sería protagonizada por individuos a pie. Un ejemplo más gráfico de un contexto diferente la proporciona el *Llibre dels Fets* de Jaime I, en el que se narraba la acción de unos cosechadores segando trigales cercanos a una ciudad musulmana siendo protegidos por una fila de caballeros con escudos de las saetas procedentes de la ciudad (en 1233); véase JAIME I: *Crónica Histórica o Llibre dels Fets*, traducción del catalán, prólogo y notas por Enrique Palau, 2 vols., Barcelona, 1958, vol. I, pp. 209-211.

rollaron la misma función, como demuestra el hecho de que las instrucciones dadas por el Cid para la devastación de su entorno fueran dirigidas «... a los caualleros et a los adalides et a los almocadenes»¹⁰⁸. Para derruir hasta los cimientos y socavar los arrabales de Villanueva y Alcudia indudablemente necesitaría hombres que actuaran a pie¹⁰⁹. Una vez tomados los arrabales, cuando las huestes cidianas estarían en condiciones de bloquear la ciudad e intentar un asalto, la necesidad de peones sería mayor para el hostigamiento de los muros de la ciudad. Elocuentemente, la *Primera Crónica General* –utilizando para ello la crónica de Ibn Alqama– nos dejó un testimonio muy expresivo de esa necesidad cidiana de peones al transmitir que «...enbio dezir a los que tenían los castiellos quel enbiassen ballesteros et peones pora combater a Valençia...», basando la petición en la amenaza y la extorsión. Hasta tal punto surtiría efecto la solicitud de Rodrigo Díaz, que los citados alcaldes de los castillos circundantes «...enbiaronle luego muchos ballesteros et peones pora combater a Valençia...». Con este aporte se concretaría el bloqueo total, con ello «...finco Valençia sennera...»¹¹⁰.

Por todo lo anterior, y por la lógica de las formas de hacer la guerra en el periodo medieval, tendríamos que decir que los peones serían fundamentales para el Cid, y no sólo para guardar las puertas de una plaza insignificante mientras el grueso de la hueste se batía en campo abierto. Estas escasas informaciones nos sirven para constatar que la guerra no sería únicamente un asunto de caballeros, tal y como quiso reflejar el anónimo autor del *Poema de Mío Cid*. Incluso para algunas batallas, aunque las fuentes no lo manifiesten así, la infantería sería fundamental para entender la victoria cidiana. Tal es el caso de la de Tévar, desarrollada en un terreno abrupto en el que, según el tratadista Vegetio, combatían mejor los peones que los caballeros¹¹¹.

No es de extrañar, con lo tratado hasta ahora, que el anónimo poeta se explayara describiendo batallas que nunca existieron, en las que los caballeros más famosos y el propio líder pudieran ser presentados ejecutando lances peligrosos a lomos de corceles de guerra, quebrando astas de lanzas

¹⁰⁸ *Primera Crónica General*, cap. 901, p. 568. El almocadén sería el máximo responsable de los peones de una hueste, para ello véase ALFONSO X: *Segunda Partida*, título XXII, leyes V y VI.

¹⁰⁹ *Primera Crónica General*, caps. 904, 908.

¹¹⁰ IBÍDEM, cap. 909, p. 576.

¹¹¹ VEGECIO, Flavio: *Epitome Rei Militaris*, en M^a Felisa BARRIO VEGA: Edición crítica y traducción del *Epitoma Rei Militaris* de Vegetius. Libros III y IV, a la luz de los manuscritos españoles y de los más antiguos testimonios europeos, Madrid, 1982, Libro III, título VI, p. 25. Un autor conocedor de la guerra que se hacía en su tiempo (siglo XIII), como fue el arzobispo toledano Jiménez de Rada, asocia en algunos momentos la infantería a la lucha en terrenos montañosos, ver como ejemplo, *Historia de Rebus Hispaniae*, Liber V, caps. XVI; XXII ó XXIII.

que permitieran el empleo de la espada para terminar la batalla bermejos de sangre brillante del enemigo. Esa imagen tendría una amplia aceptación entre los caballeros de frontera a quienes iría dirigido el *Poema*. La realidad de la guerra sería distinta, con el predominio de operaciones mucho menos espectaculares como las cabalgadas y la toma y control de puntos fuertes, en las que Rodrigo demostró en vida ser un auténtico especialista, como el anónimo poeta dio cuenta varias décadas después.

A pesar de todo, el Cid del *Poema*, en relación con la batalla, se parece en algunos aspectos al Cid histórico. Ese Cid del *Cantar* no sería –al igual que el personaje «real»– el caballero temerario de los romances, las leyendas de Cardeña y las Mocedades, que se lanza irreflexivo a dar batalla, ya sea individual o en grupo, contra cualquiera que ose a plantarse frente a él¹¹². Por el contrario, el Cid del *Poema* se muestra cauteloso antes de las batallas, siendo además presentadas la mayoría de ellas como ineludibles, lo que nos volvería a conectar con la realidad de un Rodrigo histórico frío, calculador y analítico de la situación antes de iniciar un combate¹¹³. Así, por ejemplo, antes de la batalla contra Fariz y Galve expresaba el poeta que «...mesnadas de Mío Çid exir querién a la batalla...», pero que el que en buena hora nació «...firme ge lo vedava...»¹¹⁴. Seguía diciendo el poeta que los del Cid habían permanecido asediados en Alcocer «*complidas tres semanas*», de modo que la batalla contra Fariz y Galve era inevitable debido a la carencia de agua. El poeta puso en boca del propio Campeador las razones que le impulsaban a una batalla inevitable: «...*El agua nos an vedada, exir nos ha el pan; que nos queramos ir de noch no nos lo consintran...*»; por eso demandaba el consejo de sus hombres¹¹⁵. Más adelante, cuando la decisión ya está tomada, Ruy Díaz encarga a Pedro Bermúdez llevar la seña,

¹¹² La imagen del caballero medieval temerario ha tenido hasta nuestros días bastante aceptación en determinados círculos. Puede verse una crítica a este tipo de visiones en GARCÍA FITZ, Francisco: *¿Hubo estrategia en la Edad Media?*, passim. Esa visión de la caballería que confundiría valor y temeridad sería gestada en la propia Edad Media; ver por ejemplo DINZELBACHER, Peter: «La violencia en la Edad Media. Reflexiones desde la perspectiva de la Historia de las Mentalidades», en *Temas Medievales*, 5, 1995, pp. 141-162, esp. p. 153. Estas imágenes, muchas veces surrealistas, conformaron unas visiones del Cid que se reflejan a partir del siglo XIII. Ese Cid legendario o imaginario ha sido estudiado recientemente por MORETA VELAYOS, Salustiano: *Myo Çid el Campeador*. Como considerara José Luis Martín, «...*A medida que los textos literarios y cronísticos se alejan en el tiempo se difumina más la imagen de Rodrigo, que junto con Castilla pierde parte de su realidad para entrar en el mundo de las leyendas bien o mal intencionadas...*»: MARTÍN, José Luis: «El Cid», en *Cuadernos Historia* 16, 7, Madrid, 1995, p. 23 y ss.

¹¹³ GARCÍA FITZ, *El Cid y la guerra*, p. 393.

¹¹⁴ *Poema de Mío Cid*, vv. 662-663.

¹¹⁵ IBÍDEM, vv. 668-669.

pero sin atacar «...*si yo non vos lo mandar...*», pero el impulsivo caballero, ante la visión del enemigo, «...*non lo pudo endurar...*» y atacó, lo que motivó el grito desgarrado del Campeador: «...*¡Non sea, por caridad!...*»¹¹⁶, que viene a ilustrar la imagen de un dirigente sosegado y prudente. Igualmente, al hilo del relato del choque contra el conde Berenguer, el poeta presentó la batalla como algo ineludible, al poner en boca del Cid –cuando arengaba a sus tropas– que «...*a menos de batalla non nos dexarié por nada...*»¹¹⁷. Relatando la situación de asedio a la que se encontraban sometidos los castellanos por los musulmanes valencianos en Murviedro, el poeta volverá a contemplar el enfrentamiento campal como un hecho irremediable: el Cid vuelve a decir a los suyos que «*a menos de lid aquesto no s partirá*»¹¹⁸. Más adelante, asediados en Valencia por las tropas de Yucef, el Campeador convocaba un consejo de guerra en el que daba una serie de instrucciones y decía que era preferible luchar contra los musulmanes «...*que ellos coian el pan...*»¹¹⁹, en alusión clara a las posibles devastaciones que llevaría a cabo el enemigo en los alrededores de Valencia. Por tanto, el poeta siempre presenta la batalla campal como una operación que resulta inevitable, a la que se llega cuando no queda más remedio, nunca como algo deseado o expresamente buscado para dirimir un conflicto, lo cual nos permite de nuevo valorar algunos rasgos de veracidad que pueden detectarse en el *Poema*.

En conclusión, puede afirmarse que el *Poema de Mío Cid* presenta una visión de la guerra que, vista en su conjunto, distorsiona la realidad. La preponderancia que otorgó a la batalla campal por encima de otras operaciones más frecuentes en el periodo, así como al papel que asignó a la caballería pesada en la recreación de la guerra que nos transmitió, serían fiel reflejo de su marcado carácter épico. No obstante, ya en vida de Rodrigo su figura comenzaría a ser mitificada en base a ese carácter de «*Señor del Campo de Batalla*» o Campeador que tuvo realmente, y el *Poema* lo que haría sería continuar, consolidar y perpetuar unas representaciones deformadas de su manera de combatir que pueden constatarse en una fuente tan reputada por su veracidad como es la *Historia Roderici*.

A pesar de todo, hay un indudable realismo en esa imagen de la guerra que ofreció el *Poema*, por ejemplo al hablar de las cabalgadas y algaras realizadas para el abastecimiento y el cobro de parias mediante extorsión; en la

¹¹⁶ IBÍDEM, vv. 691, 704 y 709.

¹¹⁷ IBÍDEM, v. 989.

¹¹⁸ IBÍDEM, v. 1106.

¹¹⁹ IBÍDEM, v.1691.

estrategia empleada para conquistar Valencia, consistente en la devastación sistemática de sus bases materiales, el dominio de fortalezas aledañas, el bloqueo o impermeabilización de la ciudad y la tregua condicional final. Ese grado de veracidad puede apreciarse incluso en algunos de los comportamientos del protagonista en relación con la batalla, en la que pone de manifiesto una actitud cauta y prudente.

Podemos afirmar que el *Poema* es una fuente «*histórica*» que nos permite conocer la naturaleza de la guerra medieval. Esa historicidad no nos la proporcionan los datos concretos que nos ofrece, sino una imagen que, depurada de las distorsiones a las que hemos venido aludiendo, encaja perfectamente en no pocos puntos con el conocimiento que tenemos de las actividades militares medievales. Al mismo tiempo, el *Poema* atesora una historicidad indudable que nos permite acercarnos a los anhelos y aspiraciones de los grupos sociales dirigentes del mundo que lo generó, nos permite conocer cómo hubieran deseado los caballeros actuar, combatir, si la realidad de la guerra no hubiera sido tan diferente a las representaciones que de ella nos han llegado. El protagonista de la gesta cidiana sería el modelo ideal de guerrero en el que desearían convertirse aquéllos para quienes estuvo destinada aquella composición épica. Por ello el autor deformó la realidad bélica. No obstante, esa gesta nacería en una sociedad fronteriza organizada por y para la guerra, con un bagaje militar secular que sería una señal de identidad marcada. El misterioso autor de esos versos demuestra, a pesar de sus tendencias idealizantes, ser un perfecto conocedor de las que serían operaciones militares habituales y condicionantes mentales de ese mundo fronterizo en el que desarrolló su obra. Del mismo modo que se muestra conocedor de una tradición legendaria, la del Cid Campeador, que nacería en el tiempo en el que Rodrigo Díaz se destacó por sus destrezas guerreras.

BIBLIOGRAFÍA

- AL-KARDABUS: *Historia de Al-Andalus (Kitab al-Iktifa)*. Edición preparada por Felipe Maillo, Madrid, 1986.
- ALFONSO X: *Las Siete Partidas del Sabio Rey don Alfonso nono*. Ed. Gregorio López, Salamanca, 1555.
- ALVIRA CABRER, Martín: *Guerra e Ideología en la España Medieval: Cultura y Actitudes Históricas ante el giro de principios del siglo XIII. Batallas de las Navas de Tolosa (1212) y Muret (1213)*. Tesis doctoral inédita leída en octubre de 2000, Universidad Complutense.
- Ibídem: *El Jueves de Muret, 12 de Septiembre de 1213*. Barcelona, 2002.
- AYTON, Andrew: «Arms, armour and horses», en *Medieval Warfare, a History*, ed. by Maurice Keen, Oxford University Press, 1999.
- BARBER, Richard: *The Knight and Chivalry*. Woodbridge, 1995.
- BARRIO VEGA, María Felisa: Edición crítica y traducción del *Epitoma Rei Militaris de Vegetius. Libros III y IV, a la luz de los manuscritos españoles y de los más antiguos testimonios europeos*, Madrid, 1982.
- BELTRÁN, Luis: «Conflictos interiores y batallas campales en el *Poema de Mío Cid*», en *Hispania*, 61, 1978.
- BENNETT, Matthew: «Wace and Warfare», en *Anglo-Norman Studies. Proceedings of the Battle Conference 1988*, R. Allen Brown ed., Woodbridge, 1989.
- BENNETT, Matthew: «The Medieval Warhorse Reconsidered», en *Medieval Knighthood. Papers from the Sixth Strawberry Hill Conference 1994*, ed. by S. Church and R. Harvey, Woodbridge, 1995.
- BOUTET, D.: *Sur l'origine et le sens de la larguesse arthurienne, Le Moyen Age*. 1983.
- CONTAMINE, Philippe: *La guerra en la Edad Media*. Labor, Barcelona, 1984.
- CORRAL LAFUENTE, José Luis: «Realidad y ficción en el Poema del Cid: historia, literatura y arqueología», en *El Cid Histórico y el Cid en la Leyenda*, XII Curso Universitario de Verano dirigido por Salustiano Moreta Velallos, El Burgo de Osma (Soria), agosto de 1999, Guarnizo (Cantabria), 2000.
- Ibídem: «Método arqueológico y cantares de gesta», en *El Cid en el valle del Jalón*.
- CORREA, Gustavo: «El tema de la honra en el *Poema de Mío Cid*», en *Hispanic Review*, vol. XX, July, 1952.
- Crónica de Veinte Reyes*. Ed. Gonzalo Martínez Díez, César Hernández Alonso, José Manuel Ruiz Asencio *et alii*, Burgos, 1991.

- DINZELBACHER, Peter: «La violencia en la Edad Media. Reflexiones desde la perspectiva de la Historia de las Mentalidades», en *Temas Medievales*, 5, 1995.
- EPALZA, Mikel de: «El Cid y los musulmanes: el sistema de parias pagas, la colaboración de Aben-Galbón, el título de Cid-León, la posadita fortificada de Alcocer», en *Actas del Simposio Internacional «El Cid en el Valle del Jalón»*, Centro de Estudios Bilbilitanos, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 1991.
- FALQUÉ REY, Emma: Traducción de la *Historia Roderici*, en *Boletín de la Institución Fernán González*, año LXII, 201, segundo semestre de 1983.
- FLETCHER, Richard: *El Cid*. Ed. Nerea, Hondarribia, 2ª ed., 1999.
- FLORI, Jean: *Aristocratie et Valeurs «chevaleresques» dans la seconde moitié du XII^e siècle. L'exemple des lais de Marie de France*, *Le Moyen Age*. 1990.
- Ibídem: *Caballeros y caballería en la Edad Media*. Barcelona.
- Ibídem : *La chevalerie en France au Moyen Age*. Paris.
- Ibídem: «La noción de caballería en los cantares de gesta del siglo XII. Estudio histórico del vocabulario», en *Epopéya e Historia*, Colección Nueva Historia, Barcelona, 1985, coordinada por Victoria Cirlot, (traducida del original en francés *La notion de chevalerie dans les chansons de geste du XII^e siècle. Etude historique de vocabulaire*, *Le Moyen Age*, 1975.
- Ibídem: *Ricardo Corazón de León. El rey cruzado*. Barcelona, 2002.
- FRANCE, John: *Victory in the East. A Military History of the First Crusade*. Cambridge.
- GAIER, Claude: *Art et organisation militaires dans la principauté de Liège et dans le comté de Loos au Moyen Age*. Bruxelles, 1968.
- GALMES DE FUENTES, Álvaro: *Épica árabe y épica castellana*. Barcelona, 1978.
- GÁRATE CÓRDOBA, José María: «Introducción a la táctica del Cid», en *Revista de Historia Militar*, 15, 1964.
- Ibídem: «Dinámica Altomedieval: los efectivos y el esfuerzo», en *Temas de Historia Militar*, tomo I (Ponencias del Primer Congreso de Historia Militar), Zaragoza, 1982.
- Ibídem: *Espíritu y Milicia en la España Medieval*. Madrid, 1967.
- GARCÍA FITZ, Francisco: *Castilla y León frente al Islam. Estrategias de expansión y tácticas militares*. Sevilla, 1998.
- Ibídem: «El cerco de Sevilla: reflexiones sobre la guerra de asedio en la Edad Media», en *Congreso Internacional Conmemorativo del 750 Aniversario de la Conquista de Sevilla por Fernando III, Rey de Castilla y León, (Sevilla, 23-27 de noviembre de 1998)*, Madrid, 2000.

- Ibídem: «El Cid y la guerra», en *Actas del Congreso Internacional El Cid, Poema e Historia*, César Hernández Alonso (coord.), Burgos, 2000.
- Ibídem: «¿Hubo estrategia en la Edad Media? A propósito de las relaciones castellano-musulmanas durante la segunda mitad del siglo XIII», en *Revista da Faculdade de Letras de Porto*, História, Série II, 1998.
- Ibídem: «La guerra en la obra de don Juan Manuel», en *Estudios sobre Málaga y el Reino de Granada en el V Centenario de la Conquista*, editado por José Enrique López de Coca Castañer, Málaga, 1987.
- GIL DE ZAMORA, Juan: *De Preconiis Hispaniae o Educación del Príncipe*. Traducción y estudio de J. L. Martín y J. Costas, Salamanca, 1996.
- GILLINGHAM, John: «War and Chivalry in the History of William the Marshal», en *Anglo-Norman Warfare. Studies in late Anglo-Saxon and AngloNorman military organization and warfare*, Matthew Strickland ed., Woodbridge, 1992.
- Ibídem: «Richard I and the science of war in the Middle Ages», en *Anglo-Norman Warfare*, 1992.
- Ibídem: «William the Bastard at war», en *Anglo-Norman Warfare*, 1992.
- GRASSOTTI, Hilda: «Para la historia del botín y las parias», en *Cuadernos de Historia de España*, XXXIX-XL, 1964.
- HARNEY, Michael: «Siege Warfare in Medieval Hispanic Epic and Romance», en *The Medieval City Under Siege*, Ivy A. Corfis and Michael Wolfe (eds.), Woodbridge, 1995.
- HOOK, David: «The conquest of Valencia in the *Cantar de Mio Cid*», en *Bulletin of Hispanic Studies*, 1973.
- IBN IDARI AL-MARRAKUSI: *Al-Bayan al-Mugrib. Nuevos fragmentos almorávides y almohades*. Traducidos y anotados por Ambrosio Huici Miranda, Valencia, 1963.
- Ibídem: *La caída del Califato de Córdoba y los Reyes de Taifas (al-Bayan al-Mugrib)*. Estudio, traducción y notas de Felipe Maillo Salgado, Salamanca, 1993.
- JAIME I: *Crónica Histórica o Llibre dels Fets*. Traducción del catalán, prólogo y notas por Enrique Palau, 2 vols., Barcelona, 1958.
- JIMÉNEZ DE RADA, Rodrigo: «Historia de Rebus Hispaniae Sive Historia Gótica, cvra et studio Juan Fernández Valverde», en *Corpus Christianorum, Continuatio Mediaevalis*, LXXII, Tvrnholti, 1987.
- KAEUPER, Richard W.: *Chivalry and Violence in Medieval Europe*. New York, 2001.
- KEEN, Maurice: *La Caballería*. Barcelona.
- KUPPER, Jean-Louis : *Chevalerie et croisade. Sur l'oeuvre de Jean Flori, Le Moyen Age*. Vol. 107, nº 2, 2001.

- MAILLO SALGADO, Felipe: Introducción, traducción y notas de *Crónica Anónima de los Reyes de Taifas*. Madrid, 1991.
- MARTÍN, José Luis: «El Cid», en *Cuadernos Historia* 16, 7, Madrid, 1995.
- MARTÍNEZ DÍEZ, Gonzalo: *El Cid Histórico. Un exhaustivo estudio sobre el verdadero Rodrigo Díaz de Vivar*. 5ª ed., Barcelona, 2000.
- MARTÍNEZ GARCÍA, F. J.: «El Otero del Cid o Cerro Torrecid: enclave militar del Campeador en el valle del Jalón», en *El Cid en el Valle del Jalón*.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón: *La España del Cid*. Madrid, 1929.
- Ibídem: *Primera Crónica General de España*. Ed. Menéndez Pidal, con estudio actualizador de Diego Catalán, Madrid, 1977.
- MICHAEL, Ian: *Poema de Mío Cid*. 5ª ed., Clásicos Castalia, Madrid, 1991.
- MONTANER FRUTOS, Alberto: «El Cid, mito y símbolo», en *Boletín del Museo e Instituto «Camón Aznar»*, XXVII, 1987.
- Ibídem: *Cantar de Mío Cid*. Crítica, Barcelona, 1993.
- MORETA VELAYOS, Salustiano: «El caballero en los poemas épicos castellanos del siglo XIII. Datos para un estudio del léxico y de la ideología de la clase feudal», en *Studia Histórica*, I-2º, 1983
- Ibídem: «El Cid, personaje de leyenda», en *El Cid Histórico y el Cid en la Leyenda*.
- Ibídem: «Y el héroe tascó la hierba», en *La guerra en la Historia*, ed. A. Vaca Lorenzo, Salamanca, 1999.
- MORILLO, Stephen: «The «Age of Cavalry» revisited», en *The Circle of War in the Middle Ages. Essays on Medieval Military and Naval History*, edited by Donald J. Kagay and L. J. Andrew Villalón, Woodbridge, 1999.
- MORROS, Bienvenido: «El *Cantar de Mío Cid* según Alberto Montaner», en *Romance Philology*, 51, 1997.
- OLIVER PÉREZ, Dolores: «Las batallas del *Cantar de Mío Cid* desde la perspectiva de la historiografía árabe», en *Revista de Historia Militar*, 73, 1992.
- Ibídem: «Una nueva interpretación de la batalla de Alcocer», en *Revista de Historia Militar*, 74, 1993.
- Ibídem: *Myo Çid el Campeador*. Zamora, 2000.
- PEÑA PÉREZ, F.J.: *El Cid, Historia, Leyenda y Mito*. Burgos, 2000.
- PERISSINOTTO, Giorgio: «La Reconquista en el Poema de Mío Cid: una nueva lectura», en *Hispanofilia*, 1977.
- PORRINAS GONZÁLEZ, David: «Una interpretación del significado de «Campeador»: el «Señor del Campo de Batalla», en *Norba. Revista de Historia*, nº 16 (en prensa).
- PRESTWICH, Michael: *Armies and Warfare in the Middle Ages. The English Experience*. New Haven and London, 1996.

- PSEUDO ARISTÓTELES: *Poridat de las Poridades*. Ed. de Lloyd A. Kasten, Madrid, 1957.
- STRICKLAND, Matthew: «Securing the North: Invasion and Strategy of Defense in Twelfth-Century Anglo-Scottish Warfare», en *Anglo-Norman Warfare*, 1992.
- Ibídem: *War and Chivalry. The Conduct and Perception of War in England and Normandy, 1066-1217*. Cambridge, 1996.
- TEROL MILLER, Luis: «El castillo de Cebolla, el Real Monasterio del Puig y la reconquista de Valencia», en *Castillos de España*, 115, octubre de 1999.
- TORRE SEVILLA-QUIÑONES DE LEÓN, Margarita C.: *El Cid y otros señores de la guerra*. León, 2000.
- VEGECIO, Flavio R.: *Epitoma Rei Militaris*, en María Teresa Callejas Verdoñes, *Edición crítica y traducción del Epitoma Rei Militaris de Vegetius. Libros I y II, a la luz de los manuscritos españoles y de los más antiguos testimonios europeos*, Madrid.
- VIGUERA MOLINS, María José: «El Cid en las fuentes árabes», en *El Cid, Poema e Historia*, Burgos, 2000.